

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

LA MUJER.

ESTUDIOS MORALES,

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

SEGUNDA SERIE.

ARTICULO IX.

LA MODESTIA.

I.

Después de terminar la historia de Clemencia y de Paulina, os repiteré, lectoras mías, lo que os dije al concluir la de Magdalena y sus hijas: esto es, que hay en la sociedad, no obstante lo que se declama contra su corrupción, tales ejemplos de virtud que, para hacer que se la ame, basta con repetirlos en vez de dar áridas lecciones.

En efecto, ¿qué pudiera yo haberos dicho acerca del amor filial que fuese mas elocuente que el comportamiento de Clemencia para con sus padres?

¿Cómo podría haberos manifestado, mejor que contándoos esta sencilla historia, que Dios jamás deja á la virtud sin recompensa y que, aunque tarde en concedernos el premio de nuestros sufrimientos, nos le concede al fin mas grande y hermoso de lo que nuestra ambición podía esperar?

Las teorías del deber parecen muchas veces exageradas: pero, poniendo la práctica de manifesto, se comprende cuan suave es esta de practicar y cuan ópimos frutos produce.

Por eso es mucho mejor para los espíritus débiles recibir la moral envuelta en los encantos de la narración; y persuadida de esta verdad he escrito para la juventud una colección de historias que contribuya á hacerla amar lo bueno sin aturdirla con fatigosos preceptos.

Deleitar haciendo bien: he aquí la misión de la escritora; y esta misión le ha sido dada por el mismo Dios al encender en su mente el fuego de la inspiración.

Preciso es que la corona de espinas de Clemencia haya lastimado vuestras propias sienes, queridas lectoras mías: preciso es que vuestro corazón haya quedado dolorido con los martirios del suyo; para endulzar el sabor amargo, que dejan siempre en el alma — cuando esta es tierna — los infortunios muy acerbos de nuestros semejantes, voy á daros lectoras mías en este artículo un ramillete de perfumadas violetas.

Porque la modestia tiene la belleza, la suavidad y el dulce aroma de estas flores.

La modestia como la violeta, se oculta con ese grato é inimitable rubor de la inocencia, pero su perfume la descubre y hace que sean admirados sus encantos y su gracia aun por los mas indiferentes.

II.

La modestia es una cualidad de tanto mérito y realce que no puede confundirse con otra alguna ni oscurecerse con ninguna nube.

La modestia es el mayor encanto de la mujer ó, mejor dicho, el complemento de sus encantos, pues ella puede compararse á esos diáfanos y blancos velos que las mujeres echan sobre su rostro para parecer mas bellas.

Y así como esos velos ocultan los mas leves defectos del semblante, encubriéndolos vagamente, y hacen resaltar todas las perfecciones de la que los usa, del mismo modo la modestia disimula todos los defectos del carácter y hace resaltar todas las bellas cualidades.

No hay falsa modestia: la que, sin poseerla, pretende hacer alarde de ella, no conseguirá mas que ponerse en ridículo rebajándose lastimosamente.

Porque la modestia es tan suavemente humilde que ni se apercibe de su propia belleza, ni se toma el trabajo de mostrarse.

Se la adivina, como á la violeta, por su aroma: se la busca y una vez encontrada se la contempla con arrobamiento y se la ama.

La modestia es dulcemente magestuosa: altiva con suavidad; amable y encantadora como todas aquellas prendas que tienen su base en la excelencia y bondad del corazón.

Una mujer que no haga alarde de lo que vale es una cosa tan rara, ó al menos se considera tan esca-

sa, atendida la vanidad que se achaca á nuestro sexo, que, con razon, se la contempla con admiracion y simpatía.

Y sabeis lo que es la simpatía? Es uno de los mas dulces lazos del género humano: es el término que separa el cariño de la indiferencia: en las mujeres es el primer eslabon de la cadena de la amistad: en los hombres es el primero de la cadena del amor.

Los lazos de la simpatía son fuertes y durables: son gratos, expansivos, libres de toda sujecion, porque la simpatía no nace de las leyes del deber, ni nace de la gratitud, ni es esclava de las exigencias de la sociedad: la simpatía es espontánea, brota en el corazon como brota una madre selva en las tapias de un huerto ó de un patio.

La simpatía y la modestia jamás se separan sobre todo, en la mujer: porque la simpatía que esta inspira, es casi siempre emanada ó nacida de su modestia.

III.

La modestia tiene dos manifestaciones: modesta es la mujer que en su porte, en su trage y en sus modales, conserva aquella dulce dignidad que la impide todo movimiento indecoroso ó poco conveniente: y modesta es la que ningun alarde hace de su mérito, la que le deja adivinar ó que se descubra solo por su propio brillo.

Sea cualquiera de estas dos formas que tome la modestia, cautiva siempre: *la alabanza propia envilece*, ha dicho un sabio y esto lo vemos confirmado todos los dias: el mérito de una persona, por grande que sea, es despreciado si esta hace de él una ridícula ostentacion, ó si mira con desden el de los demás.

Y este desprecio hácia la altanería es inherente á la naturaleza humana: cada uno de los mortales tiene su dignidad, que es muy peligroso hollar; y á falta de dignidad existe en todos un sentimiento invencible de amor propio.

Por eso las personas modestas son tan simpáticas y tienen tantos amigos: aunque la simpatía es espontánea, casi nunca es inmotivada, y una persona dulce y modesta despertará muchas mas simpatías que una vana y altanera.

A la mujer modesta se le concede mérito de buena voluntad por lo mismo que ella aparece desconocerlo.

A la que exige homenajes se le niegan hasta las atenciones mas comunes; porque, fuerza es confesarlo, en nuestro sexo predomina la envidia y por eso dije en otro artículo que la mujer, que ha nacido privilegiada en las dotes intelectuales, tiene que hacerse perdonar esta ventaja por su dulzura y suavidad.

Lo mismo que dije tocante á la belleza intelectual digo ahora respecto de la hermosura física.

La que se ensorberce con ella, la que exige admiracion, lejos de obtenerla, únicamente conseguirá que se le niegue todo mérito; ó si se le concede, lo que es todavía peor, que se le rebaje con alguna

calumnia, inventada por la envidia y la maledicencia.

La modestia es casi siempre un puerto seguro contra todos estos peligros; porque la modestia es tan benignamente dulce y bella que ni exige homenajes ni ofende á nadie.

IV.

La modestia impone deberes que quizá parecerán muy áridos á las jóvenes, cuya educacion haya hecho que los desconocieran; porque es muy cierto que la modestia la inculca una buena madre en el carácter de sus hijas desde su mas tierna edad.

La modestia prohíbe toda postura indecorosa, los modales desenvueltos, los trages, cuya hechura exagerada dé lugar á la critica por llamar escensivamente la atencion.

La modestia exige esa delicada reserva, de que ya he hablado, y que aconseja á la mujer á salir poco de su casa y á no prodigarse demasiado en público.

La modestia exige que toda joven ignore, ó al menos aparente ignorar todo aquello que su edad y estado le prohiben saber.

Por mas que halague á una joven, por la viveza de su carácter, esa reputacion de *gracia* y de *chiste* que se concede á otras, debe despreciarla por la de *modestia*: confundir la *gracia* con el *chiste* es un error lamentable: la *gracia* es casi inseparable de la modestia: el *chiste* sienta bien algunas veces al hombre, pero jamás á la mujer porque es consecuencia de la desenvoltura.

He visto muy de cerca algunas jóvenes, que apenas habian salido de la infancia y empezaban teniendo en la conversacion ciertas libertades, inocentes en un principio, pero que eran aplaudidas como otras tantas gracias: aquellas licencias fueron creciendo poco á poco mucho mas de lo conveniente; mas los padres y hermanos esclamaban sin cesar:

—Qué chistes tan oportunos! qué sal, qué chispa!

Y la sal y la chispa se convirtieron al fin en una desenvoltura repugnante; en una maledicencia insostenible, y en una absoluta falta de pudor y de delicadeza.

¿Cómo era posible que estas mujeres no estuviesen rodeadas de enemigos? Quizá, sin mas faltas que sus *chistes* y su *sal*, han perdido su reputacion por la venganza de los que han sido ofendidos con su maledicencia, ó blanco de sus *chispeantes* burlas.

La que ansia la reputacion de chistosa será muy fácil que adquiera la de malediciente; porque de la sátira á la murmuracion es tan rápido el declive que no basta la débil inteligencia de la mujer para que la conduzca por él sin despeñarla.

La madre, que ambicione la felicidad de su hija, hágale entender, desde que su tierna inteligencia lo permita, que es preferible pasar por mujer modesta que por mujer vivaz y chistosa: á estas últimas se las teme; las primeras son casi siempre simpáticas, ó al menos se juzgan inofensivas.

La modestia llegará á serles natural, si la buena educacion les hace comprender su belleza: porque si bien es cierto que la modestia nace con la criatura, no lo es menos que esta puede adquirirla aunque haya nacido destituida de ella.

Si á una niña, en vez de aplaudirle los modales desenvueltos de que use, se le afean aconsejándole otros mas dulces y templados, es indudable que dejará los primeros para no hacerse odiosa.

Si se le enseña á hablar poco y oportunamente, á no criticar á nadie y á cuidar de sus propias acciones y decoro, seguramente que no charlará sin tino cayendo en la murmuracion, escollo inevitable cuando se habla mucho.

Si se le dice que la gracia es la moderacion, la dulzura, la templanza, la modestia en fin, no hará alarde de descaro ni de chistes poco convenientes en su edad.

Por último, si se conserva en su alma esa flor delicada que se llama pudor, no la vereis nunca con la mirada oblicua de la hipocresía, ni con esa descocada que vende el fatal *¿qué se me da á mí?* cáncer de nuestra sociedad y de la virtud de la mujer.

V.

La verdadera gracia, la gentil coquetería, la distincion en los modales, son inseparables de la modestia; y por lo tanto, la mujer mas destituida de atractivos personales puede ser encantadora si es modesta.

Pocas, muy pocas nacen completamente hermosas y así la mujer debe buscar todo aquello que realza sus gracias personales.

Porque esto, lejos de ser una falta, es un homenaje á la providencia, puesto que se manifiesta estimacion hácia las ventajas y los dones que nos ha concedido.

La exajeracion en el traje y en el peinado casi nunca sientan bien, sea cualquiera la figura y facciones de la que la use; la modestia impide que llamemos la atencion y por eso evita casi siempre el ridículo.

El buen gusto no es el uso de los adornos pomposos, de los colores fuertes, de las formas estrordinarias en los vestidos: por el contrario, en el tocado y adorno de una mujer de buen gusto, preside casi siempre una gran sencillez y la sencillez es uno de los preceptos de la modestia.

Además, la modestia no solo se acomoda á todas las fortunas, sino que embellece las posiciones mas medianas.

El lujo de los pobres es la limpieza, como dijo el malogrado Sué: si á una limpieza esquisita, se reúne el buen gusto y esa coquetería propia del hogar doméstico y necesaria en la mujer, esta se hará admirar en todas partes.

Vosotras, madres respetables, que por la medianía ó escasez de vuestra fortuna sufrís tanto con las privaciones de vuestras hijas; vosotras que, al contemplar con orgullo su belleza llorais de sentimiento por no poder adornarla segun vuestro deseo; creedme, si son modestas y virtuosas, vuestras

hijas alcanzarán mas simpatías con su sencillez que las opulentas damas que carecen de esta amable cualidad.

El mundo, es verdad, rinde vasallage á la opulencia, pero solo rinde culto á la virtud.

Aplauda los talentos brillantes, el fausto, todo aquello, en fin, que deslumbra; pero al mismo tiempo trata de empañar esos talentos con los tiros de la envidia y calumnia el fausto que le deslumbra.

Unicamente ama y estima verdaderamente á la modestia, porque la modestia es la base de muchas virtudes, y semejante á una perfumada diadema que adorna una cabeza herida, recrea con su celestial aroma á la sociedad encubriendo los defectos de quien la posee.

FIN DEL ARTICULO NOVENO.

MARÍA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Pereza Diligencia.

SESTA Y ULTIMA PARTE.

(CONTINUACION.)

V.

LA DESHEREDADA.

"Repartieron entre sí mis vestiduras y sobre mi túnica echaron suertes."

"Profecías."

El dia diez de octubre amaneció triste y nublado, como uno de esos dias de otoño en que los corazones de los enfermos crónicos presienten su próximo fin.

Cuando María Antonia abrió los ojos era ya cerca de medio dia; el calor penetraba en las habitaciones y la claridad que las inundaba de luz, anunciaba á pesar de ser un dia opaco, que se acercaban las horas siempre calurosas de la siesta.

En el primer momento de sorpresa, María Antonia lanzó un grito de terror creyéndose rodeada de cadáveres. Luego se restregó los ojos creyendo que soñaba y logrando por fin coordinar sus ideas creyó adivinar por qué se despertaban en aquel dia todos los habitantes del ingenio hacinados en monton como las semillas de un granero.

—¡Bah! dijo para sí la nodriza buscando en vano entre los durmientes á Lion y Magdalena; una broma de la señora.... este sueño profundo, esta inmovilidad en que hemos pasado tantas horas.... se parece mucho á la embriaguez.... sin duda para celebrar sus dias aderezó el señorito sin ser visto las aguas lojas.... ¡Franceses, franceses!

Y á pesar del giro risueño y casi burlesco que trataba de dar á sus ideas, la pobre nodriza, aterrada por aquel silencio, por aquella inmovilidad sentía un escalofrío que la hacía temblar.

—¡Si estará muerta! exclamó acercándose á Silvina y tocando con sus lustrosos dedos la perfumada cabeza de la Niña ¡Ah! ¡de todo es capaz un francés! añadió con un siniestro presentimiento, y atreviéndose á levantar entre sus brazos aquella cabeza querida.

Sobre los agitados labios de María Antonia dibujóse entonces una sonrisa de alegría que espresaba mejor que pudiéramos hacerlo nosotros todo el júbilo que rebosaba su cariñoso ó inocente corazón.

La frente de la Niña estaba caliente y cubierta de menudas gotas de sudor; sus labios gruesos y sonrosados dejaban escapar una respiración tranquila que revelaba un pacífico y profundo sueño.

Lejos de exhalar su alegría en apasionados gritos que hubieran podido despertar la Niña, la nodriza volvió á colocar la hermosa cabeza de Silvina sobre la mesa, interpuso suavemente entre la cabeza y los adamascados manteles una almohadita de raso de color de rosa y salió como pudo por entre los durmientes que alfombraban el suelo murmurando suavemente.

—¡Vive! ¡vive!

Para la nodriza no había mas que la Niña, ante la idea de que Silvina no corría ningún riesgo se había olvidado de todo lo demás.

—¡Qué silencio! exclamó en voz muy baja empezando á atravesar la galería desierta é inundada de luz, es ya tan tarde y sin embargo parece la Residencia un vasto cementerio.... ¡oh! no hay duda.... aquí hay un narcótico, yo soy la que menos ha bebido y sin embargo parece que siento un cansancio particular.... la chía.... pero.... no, no, yo he bebido mucha chía.... Tal vez el Madera.... ¡ah! sin duda el Madera que el señorito había traído de la Habana! y á la idea del narcótico la nodriza se paró aturrida y empezó á andar mas despacio, afanándose en vano por comprender el misterio que allí se encerraba.

Aterrada con el silencio que reinaba por todas partes, y anhelando encontrarse con quien pudiese disipar sus dudas, se encaminó resueltamente á la habitación de Magdalena que parecía ser la única dueña de aquel secreto.

La puerta estaba entornada y las cortinas de las ventanas completamente corridas daban á la habitación un aspecto sombrío y misterioso que hizo detener á la nodriza en el umbral.

No se percibía en el gabinete el mas ligero ruido.

—Señora.... señora.... exclamó asustada María Antonia entrando lentamente y mirando á todas partes con los ojos estraviados como si viese visiones.

La habitación estaba como siempre adornada con el mayor gusto, pero ni en el gabinete ni en la alcoba se percibía el mas ligero rumor.

—¡Dios mío! exclamó María Antonia penetrando en la alcoba y corriendo precipitadamente las cortinas del lecho.... ¿si estará también dormida?

La cama estaba intacta y demostraba bien á las claras que no se había tocado en ella desde el día anterior.

En el momento en que su mano trémula soltaba las cortinas y salía pié entre pié de la alcoba, la nodriza exhaló un grito agudo, que resonó lentamente por todo los ángulos de la Residencia.

Todos los baules que había en la alcoba de Magdalena habían desaparecido; y con ellos el reloj de oro que repetía las horas á la cabecera de su lecho, los candeleros de plata del tocador y la escribanía que brillaba siempre al lado de los perfumes y de los cosméticos.

Furiosa como un tigre la nodriza, atravesó de un vuelo la galería y penetró en las habitaciones de la Niña, buscando con los ojos el tesoro de preciosidades que en ellas se encerraba.

La nodriza exhaló otro grito mas desgarrador que el primero y que resonó de un modo terrible en aquellos silenciosos salones.

Los maravillosos cofrecillos de cedro, preciosos guarda joyas dignos de una princesa, las diminutas vagillas de oro y plata donde se servían á la Niña caprichosos tees y perfumadas golosinas, las esculturas de oro y marfil, las aves indígenas, con ojos de esmeraldas y rubíes, todos los objetos en fin que constituían por sí solos una pingüe dote habían sido arrebatados, llegando la rapacidad del ladrón hasta arrancar á la inocente Niña, el collar de perlas y los deslumbradores zarcillos con que la habían adornado en aquella desventurada noche.

—¡Al ladrón! ¡al ladrón! gritaba fuera de sí la nodriza corriendo hácia la sala del festín y exhalando un rugido que podía confundirse con el de la pantera.

Fuese que la hora de despertar había llegado ya, ó que los terribles gritos de la nodriza lograsen ahuyentar la pesadez que las dominaba, las esclavas se despertaron sobresaltadas, y empezaron á recorrer las galerías gritando á una con María Antonia.

—¡Al ladrón! ¡al ladrón!

Los negros se despertaron á su vez y se precipitaron en tropel hácia la nodriza que con los ojos desencajados, las manos crispadas y los labios cubiertos de espuma se ahogaba de cólera.

—Pero ¿dónde? ¿dónde están? gritaban con acento amenazador los esclavos apercibiéndose para acometer.

María Antonia continuó gritando sin responder y se lanzó al cuello de Silvina que sorprendida por aquellos gritos empezó al fin á abrir los ojos.

Al despertarse vestida, fuera de su lecho, abrazada estrechamente por la nodriza que lanzaba gritos desgarradores, aturrida por aquel coro de amenazas é imprecaciones, la pobre Niña se creyó por algunos momentos entre una falange de endemoniados.

Reuniendo por un esfuerzo soberano todas sus fuerzas, espolcada por el terror que la dominaba, la Perezosa se desembarazó de María Antonia, gritando con voz entrecortada.

—¡Magdalena! ¡Salvandy!

—¡Esos, esos son los ladrones, mi ama! exclamó

María Antonia arrojándose de nuevo al cuello de Silvina.

Al oír aquella acusación inesperada, al ver á la nodriza que vomitando llamas por los ojos señalaba con sus crispados dedos el retrato de la Bonmarché, los esclavos se dirigieron á la habitación de Magdalena dando gritos salvajes y olvidándose de que el ladrón doméstico es demasiado cobarde para esperar.

Al encontrarla vacía toda aquella turba sedienta de venganza, se ensañó ruíblemente en los objetos que adornaban el gabinete, destruyendo así la ya menguada fortuna de su indolente propietaria.

Silvina comprendiendo apenas aquellas palabras que la llenaban de espanto, se lanzó fuera del comedor y continuó gritando con todas sus fuerzas:

—¡Magdalena! ¡Magdalena! ¡oh! Dios mío! yo voy á perder el juicio.

El ruido de muchos caballos que paraban á la puerta del ingenio, apagó instantáneamente todos aquellos gritos é imprecaciones.

—¡Loado sea Dios! exclamó la Perezosa respirando con libertad: ¡oh! ¡son ellos! ¡Magdalena!

Pero en vez de oír una voz amiga, resonaron en la puerta principal repetidos golpes dados sin duda por una mano impaciente y extraña.

—¡Cosul! gritó María Antonia asomándose á las galerías; ¡Cosul! á vuestro puesto!

Cosul no respondió.

Los golpes eran cada vez mas tremendos.

Los esclavos habían tomado repentinamente su aptitud humilde y silenciosa; tal influencia ejercía en su ánimo la señora Magdalena.

—Señora Magdalena, gritaba la nodriza encaminándose medio temblando hacia la puerta y no acertando á comprender aquella barahunda; aguardad un momento por Dios; he aquí al bribón de Cosul, que se ha quedado dormido sin duda por algún rincón y se ha dejado las llaves en la puerta.... ¡Dios mío! yo estoy aturrida!

Y en tanto que María Antonia atravesaba el patio los esclavos ágiles como el gamo y astutos como el zorro, se deslizaban silenciosamente hacia los talleres.

La nodriza dió dos vueltas á la llave, abrió aunque con trabajo las barras de hierro y logró al fin abrir la puerta principal.

Landí para quien las horas corrían aquel día con una lentitud horrible, venía acompañado del juez pedáneo y del notario de Magdalena á tomar posesión de la Residencia.

Como escolta de honor acompañaban á Landí unos cuantos esclavos armados de carabinas.

María Antonia no gritó, no respiró, se quedó inmóvil como la mujer de Lot.

Landí pasó adelante con su comitiva sin cuidarse de la portera y entró el primero en la galería donde se hallaba Silvina acompañada de sus esclavas.

Al verse frente á frente de la propietaria de Chateau-Fort, Landí no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

Sin cuidarse siquiera de saludar á la joven des-

heredada, retrocedió algunos pasos hasta incorporarse de nuevo con los que le seguían.

—¡Notario! dijo en voz alta y sacando de su bolsillo las dos escrituras firmadas por la Bonmarché, espero que sostendréis mi derecho á todo evento. La señorita de Chateau-Fort no ha salido todavía de la Residencia.

El notario que desde el primer momento había comprendido la trama, levantó con cierta gracia los hombros y tranquilizó á Landí con una sonrisa que espresaba mucho mas que lo que el plantador quería saber.

—Es decir que procederemos desde luego á tomar posesión.

—Sois el único dueño de la finca, respondió el notario alargando al juez las escrituras.

Landí penetró entonces con aire de triunfo en la galería donde Silvina muda de sorpresa no encontró palabras para devolver al plantador su grotesco saludo.

—Tened la bondad de conducirnos á vuestras habitaciones; dijo Landí, dirigiéndose familiarmente á la Niña como si se tratase de la cosa mas natural.

—Señor, balbuceó al fin Silvina dirigiendo en vano la vista á todos como si buscase un apoyo; no comprendo lo que queréis decir.

—Soy Landí, señorita Silvina; Landí, el antiguo amigo de la casa.

—En efecto, respondió Silvina como quien recuerda; creo haberos visto aquí algunas veces caballero.... pero.... yo no comprendo... yo....

—Este caballero es el dueño de la Residencia, dijo el notario con altivez, y viene á tomar posesión de ella, porque esta es la hora señalada en la escritura para la ceremonia.

—¡A tomar posesión! exclamó Silvina retrocediendo ¿posesión de qué?

El notario le alargó la escritura y el poder que la autorizaba.

El lector recordará que Landí no era hombre que gastase la pólvora en salvas.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

AMOR DE UN POETA.

(CONTINUACION.)

"Habrás visto locura semejante? Vamos, vamos; ya ves que nada nos tenemos que echar en cara. Usted niño mimoso, con sus resabios de poeta apasionado, há por costumbre improvisar pastoriles en prosa; y no será mucho que ellas hayan inclinado un tanto mi ánimo hacia el estilo romancesco para escribir, en vez de epístola, una elegía! El caso sería chusco, pero no desespero aun de su buen éxito. Esta noche estaré en Zarauz, pueblo un poco sombrío y triste: allí ensayaré mis fuerzas, pues me parece el punto mas apropiado para hacer una cosa

digna de Vd. Prometo dedicársela. Ya ve Vd. que me adelantó á sus gustos. Hará Vd. otro tanto conmigo...? Mucho temo que no, pues los calores sofocantes de la villa del madroño son peligrosos para la imaginación y hasta para la memoria.

«Adios, y créame Vd. su mas fiel y leal amiga,

MARIA."

"Veinte veces leí esta carta en el término de diez minutos. Oh! en valde habia apurado su angelical autora todos los tonos y dádole ese sello de vaguedad y lijereza con que habia querido hacer resaltar el carácter jugueton de una niña atolondrada que escribe por puro pasatiempo. En medio de aquel aluvion de palabras, sin sentido al parecer y sin concierto, habíanse escapado algunas frases que revelaban bien claro el motivo que las produjera. Qué significaba aquella protesta de su formalidad y consecuencia con que comenzaba la carta, sino una manifestación de lo que sería cuando una vez hubiese jurado amarme? Y aquello de que, *"podría acontecer que las circunstancias la obligasen á parecer á veces olvidada de sus promesas;"* qué era, qué significaba mas que una satisfacción por los desaires que yo creía haber recibido! Oh! y cuán adorable apareció á mi vista aquella criatura despues de la lectura de aquella carta!

"Aquella misma mañana me puse en camino acompañado de Martin. El pobre diablo me confesó que habia tenido la debilidad de simpatizar conmigo, y aprovechando el permiso que le dieron sus amos para asistir á la romería que en su pueblo, distante seis leguas de San Sebastian, se celebraba el dia siguiente, prefirió servirme de práctico en mi escursión á Zaraus. Poco tiempo tardamos en arribar á él; mas como es un pueblo tan pequeño no me pareció conveniente aproximarme de dia, y fui, seguido siempre de Martin, á hospedarme en el caserío mas cercano. Allí me despojé de mis vestidos cambiándolos por los del hijo de la casa, con lo que quedé transformado en un verdadero vizcaino.

— "Qué te parece, Martin? — dije á mi fiel guia. — Me conocerá si la encuentro entre estas montañas?

— "Que me azoten, si tal sucede! *Ene Jangoycua!* Y qué *mótil* *polito* hace el señorito. *Ederrá! ederrá!*

— "Vamos — le dije, — que tal vez habrá llegado ya. Cuál es su casa?

— "Aquella que se eleva un poco apartada de las demás á orilla de la ria. La vé Vd.?

— "Si, si. Magnífica para mi objeto.

"Y diciéndo esto nos pusimos en marcha llevando dos magníficos ramilletes que habia mandado preparar, además de un gran pañuelo lleno de flores deshojadas que dí á Martin para que alfombrase con ellas el paraje donde la ilustre viajera había de apear.

"Los ramilletes los coloqué yo mismo en el balcón principal de su quinta.

"Verificada esta operación, Martin y yo trepamos una montaña desde cuya cumbre se divisaba

el camino perfectamente; y al poco tiempo vimos aparecer en lontananza la cabalgata.

"Sin saber por qué, á pesar del gozo que esta aparición me causaba, y no obstante lo separado que en aquel momento me hallaba de mi dama, al verla sobre los lomos de un magnífico caballo que galopaba desalado delante de los demás, me palpitó el corazón lleno de inquietud.

"Afortunadamente no hubo causa que viniera á legitimarla, porque tanto el alazán de María como los de sus padres y sus criados arribaron á la quinta sin novedad. María fué la primera que reparó en las flores que adornaban el suelo y los balcones, y no fué poca su admiración á lo que yo pude notar desde la altura en que me hallaba.

— "Bueno! — dije batiendo las palmas de mis manos — al ver que el primer cuidado de mi dama al penetrar en sus habitaciones fué el de asomarse al balcón, cojer con sus manos los ramilletes, é interrogar á los colonos que moraban en la quinta como si estuviera averiguando la procedencia de mis flores.

"Estando así llegaron á colocarse debajo del balcón dos tamborileros y un enjambre de chiquillos del pueblo.

— "Qué es eso, Martin? — pregunté al *mótil*.

— "Nada, señorito; los tamborileros de la villa que auden á dar la bienvenida á los viajeros. Repare Vd. cómo danzan y retozan los chiquillos.

— "Ah! Es un obsequio tributado á los señores del lugar...!

— "Cá! No señor. Lo mismo harán con Vd. y con cualquiera que llegue á hospedarse en el pueblo.

— "Qué dices...!

"Lo que usted oye. En este país, modelo de lealtad y sencillez, no se concibe que pueda llegar un forastero sin que estén obligados á tributarle esas pruebas de atención, tanto mas apreciables cuanto que son desinteresadas; así como tampoco, que se pueda pasar por un camino sin dirigir un *"Dios le guarde"* á cualquier semejante que en él se encuentre. Para que un *aurrescu* faltase á la llegada de un forastero á la población, sería preciso que en ella estuviesen enfermos y en la cama todos sus habitantes: para que un viandante no recibiese los buenos dias por todas las personas que encuentre en el camino sería menester que los vascongados perdieran el uso de la palabra: de otra manera nunca faltará un tamborilero para dar la bienvenida, ni un hijo del país para saludar á nombre de todos al caminante.

— "En verdad, Martin, que esto es nuevo para mí.

— "Oh! pues todavía no ha visto Vd. nada. Muchas otras cosas le quedan que admirar. Deje Vd. que vayamos á una romería ó al *zorricoo* del Domingo: allí me lo dirá Vd.

— "Pues qué sucede en esos sitios!

— "No quiero, no quiero decírselo; así le haré mas impresion cuando lo vea.

"Inútil será decirte que yo escuchaba distraído las entusiastas palabras del *mótil* absorto como estaba en la contemplación de mi hermosa señora.

"Cuando los tamborileros cesaron de tocar María se retiró del balcón.

— "¿Qué hacemos ahora, señor? — dijo el vascongado.

— "Nada, quedarnos para verla aun otra vez.

— "Dudo mucho que logremos conseguirlo.

— "Por qué?

— "Porque ahora comenzarán las visitas y no cesarán hasta la noche.

— "¿Cómo sabes tú eso?

— "¿Pues acaso no lo he visto siempre que me ha cabido la suerte de acompañar en su viaje al señor marqués?

— "Tú has vivido en la quinta?

— "Sí.

— "Entonces conocerás las habitaciones que ocupa la señorita.

— "Ya lo creo!

— "¿Cuáles son?

— "Las que caen á la parte del mar.

— "El mar! el mar! la ría querrás decir!

— "Es lo mismo, porque ella desemboca en la mar.

— "¿De manera que las ventanas de María serán acariciadas por las aguas cuando la mar esté un poco alborotada?

— "No, porque del balcón de la señorita pende un puente colgante que sirve de embarcadero cuando está echado, pero que en tiempo de avenidas se levanta y es una especie de parapeto ó muralla que impide que las aguas laman mas que los cimientos del edificio.

— "Quisiera ver todo eso. ¿Te parece que no nos conocerán aunque nos acerquemos á la casa?

— "No hay necesidad de acercarnos: podemos pasar al otro lado de la ría y desde allí, con el agua de por medio, es fácil observar sin temor de que nos conozcan. La ría es muy ancha.

— "Vamos pues á pasarla. ¿Conoces algún pescador que nos preste alguna barca?

— "Sí. Venga V. que pronto lo hallaremos.

"Y diciendo esto mi guía se puso en marcha muy alegre. Sin duda le halagaba la idea de dar un paseo por el mar. Yo tambien temblaba de emocion. Era la primera vez que me metia en una barca despues de tantos años como habian trascurrido, desde que la mano inexorable de mi padre me arrancó de aquella playa querida que me arroyó al nacer, de aquella playa que me sirvió de cuna y que tan gratos recuerdos ha dejado en mi memoria, puesto que en ella he pasado contigo los dias mas felices de la vida! Lo que sentí al poner el pié sobre la ribera del mar no es para descrito: me acuerdo sin embargo que hablaba de ello en una de las cartas que te escribí desde el mismo Zarauz, y por consiguiente me escuso de repetirlo ahora. Solo te diré que cuando llegamos á la orilla opuesta á la de aquella en que estaba situada la casa de María, mi entusiasmo no conocia límites porque presentí al momento que aquellos melancólicos parajes iban á depararme algunos dias de ventura.

"Las habitaciones que ocupaba mi dama estaban situadas de tal manera, que cuando se echaba el

puente, que era una gran plancha de hierro maciza y plana, un hombre de mediana altura podia llegar con su mano á las ventanas.

— "¿Ese puente — pregunté á Martin — no lo alcanzan durante la noche?

— "No, señor. En la estacion de verano permanece siempre echado.

— "¿Estás seguro de ello?

— "Muy seguro.

— "Entonces escucha lo que te voy á decir. Esta noche volveremos á colocar otro ramillete en una de las ventanas de María. Procura que las flores sean muy frescas y consérvate en posesion de esa lancha. Ahora vamos al caserío.

"En las provincias vascongadas, y particularmente en la costa cantábrica, nunca es el calor sofocante. Sin embargo, no sé si por efecto de lo mucho que habiamos andado aquella mañana ó por lo poco que dormí la noche anterior, hácia el mediodia sentí un desmayo tal de mis fuerzas que me ví en la precision de buscar el descanso. Al poco tiempo quedé dormido. Cuando desperté era ya de noche; y el eco dulce y suave de una flauta llegó á mis oídos. Ya sabes la aficion que he tenido siempre á este instrumento, como que solo en él he hecho algunos adelantos entre las muchas cosas que me he propuesto ejercitar durante mi vida. Así es que á pesar de la mediana ejecucion del que á la sazón la tocaba escuché embelesado hasta el final, y mas de una vez sentí que se me iba el alma tras de algunas notas de maravilloso efecto. No pude resistir al deseo de aplaudir: abrí, pues, la ventana y aplaudí.

"Una voz conocida me dió las gracias.

— "Eres tú el músico, Martin?

— "Yo, pardiez! Qué tiene eso de particular?

— "En verdad, en verdad que me maravilla. Lo haces muy bien.

— "No mucho, señor.

— "Quién te ha enseñado á tocar así?

— "Los profesores de la villa. En este pais la enseñanza está al alcance de todas las fortunas, porque raro es el pueblo donde no exista una academia sostenida con los fondos municipales.

— "¿El que tocabas ahora es un aire vascongado?

— "Sí señor; tan antiguo como la existencia de este pueblo, tan suave y tan feliz como la vida de sus moradores. Es el *Irudámacho*; es el aire con que saludaron en los llanos de Guernica la plantacion del árbol venerado, símbolo de nuestra libertad y de nuestra independencia eternas.

— "Dulce y tierno es efectivamente. Llévate contigo la flauta, que cuando estemos en la mar me agradará mucho oírtele repetir. ¿Tienes preparadas las flores?

— "Sí.

— "Y la lancha?

— "Allá está amarrada á orillas de la ría.

— "Vamos pues.

"Era la noche serena y estrellada. No habia luna. De pié sobre el frágil leño que nos sostenia á mí y á Martin, aparecíase la tierra como un ne-

gro fantasma que velaba por la quietud de la creación. En cuanto al mar.... oh! el mar! el mar en noches como esta de que te estoy hablando,—tú lo sabes—tiene un encanto tan misterioso, tan melancólico; está tan lleno de poesía, de grandeza y magestad, que el alma se dilata al contemplarlo y el corazón del hombre despierta á la adoración y al amor!

—Nada se sentía al embarcarnos. La calma era completa, y solo en lontananza, hacia la parte del mar, percibíase un rumor sordo producido por las olas que venían mansamente á lamer los bordes del arenal.

—Estás preparado, Martín?

—Sí, mi señor.

—Pues voga, amigo mío, voga, que yo te relevaré á la vuelta para que puedas tocar ese aire vascongado que tan tierna impresión me ha producido antes.

—De veras le gusta á V., mi señor?

—Sí, Martín. Mas.... silencio. ¿No es el preludio de un piano lo que mis oídos escuchan vagamente?....

—Sin duda alguna. Y eso lo extraña V.?

—Pues no me ha de extrañar! ¿Quién puede tocar el piano en estas soledades? Ha cesado....

—En efecto, no se oye nada.

—¿Y cuando he llamado tu atención tampoco has oído?

—Tampoco.

—Será ilusión!... Mas no.... el sonido es débil.... apenas se percibe, y sin embargo yo juraría.... No, nada: no se oye nada. Vamos, estoy tonto. Dime, Martín, ¿nos falta mucho para llegar á casa de María?

—La tenemos ya en frente.

—Y las flores?

—Aquí están. Parece que quedará contenta cuando las vea, eh?

—Son magníficas! Vengan y afloja el remo. Es preciso que no se sienta el roce de la barca al acercarnos, porque veo luz en la habitación de María, y sin duda hay en ella alguna persona que podría oírnos.

—Descuide V., que eso sé hacerlo á las mil maravillas. Pero calle! ahora sí que se siente el piano.

En efecto, los acordes de este mágico instrumento llegaron á mis oídos; pero sin orden, sin concierto, como si un alma enamorada buscara con la memoria el recuerdo del bien perdido, en tanto que los dedos vagaban en completo abandono tras de la romanza en que fué envuelta la primera declaración de amor.

Siempre ha producido en mí un efecto mágico esta manera de tocar el piano. Mas de una vez, al retirarme á las altas horas de la noche, he visto en las calles de Madrid una reja abierta, tras de cuyos transparentes cortinajes divisábanse las delicadas formas de una mujer abismada en melancólicos recuerdos y preludiando con abandono los últimos pensamientos de Weber. Lo que entonces ha sentido mi alma, solo es comparable con lo que

debió sentir el pueblo cristiano al escuchar la trompeta que anunciaba al mundo el triunfo del Hijo de Dios.

Figúrate pues lo que sería de mí en medio del mar en una noche oscura y á la vista de un espectáculo semejante. Desde las primeras notas sentí que el corazón me estallaba dentro del pecho: luego noté que la sangre se me agolpaba á la cabeza: maquinalmente cogí la flauta del vascongado, y cuando los dedos de mi dama llegaron á formular de una manera acorde y concreta la última inspiración de Weber, no fui dueño de contenerme. Llevé la flauta á mis labios y seguí el compás, primeramente murmurando apenas, y subiendo luego de tono; hasta que ébri ya de inspiración y de entusiasmo no noté que el piano había cesado y que una voz adorable preguntaba desde la ventana si era algún ángel el rondador. Entonces traté de huir, pero me encontré con una nueva sorpresa. Era que Martín, fascinado por los acentos de la flauta, había caído de hinojos delante de mí demandando compasión. Mucho debió sentir el alma privilegiada de aquel joven, porque cuando lo cogí en mis brazos estaba sin sentido y sus mejillas conservaban las huellas de las lágrimas. El apuro en que me encontraba, sin embargo, no permitía la dilación; porque las puertas de la quinta se abrieron, y ví que salían muchas personas dispuestas á seguirme la pista con las lanchas de su propiedad. No había que vacilar: cogí los remos, y recordando aquellos tiempos en que yo te servía de marinero, puse bien pronto mi barca en salvo.

Poco tiempo después volví á la quinta para colocar las flores en el balcón de María. Cuando llegué á él no había luz y la quietud mas completa reinaba en toda la casa. Aprovechando, pues, aquel momento de calma, dejé el ramillete en la ventana y me alejé de nuevo con vivos deseos de llegar pronto al caserío, porque el pobre Martín se sentía aun bastante afectado.

El día siguiente me pareció que no debía acercarme á la casa de María; y como por efecto de la indisposición del vascongado me encontraba sin un amigo ó compañero que me animara á pasar las horas alegremente, invertí escribiendo toda la mañana. A la caída de la tarde, sin embargo, entré en mi cuarto el hijo de los dueños del caserío. Era un joven bien parecido como todos los jóvenes guipuzcoanos, y en su cara se reflejaba la franqueza y sinceridad característica de los naturales de aquel afortunado país.

—Cómo te llamas?—me preguntó sin ceremonia y sin rodeos.

—Ricardo—le contesté.

—Pues bien, Ricardo; el cielo ha permitido que en tus correrías por estas montañas hayas venido á honrar con tu presencia la casa de mis padres, y por consiguiente el cielo ha dispuesto que yo sea tu amigo. ¿Te conformas con los juicios de Dios?

—Puedes dudarle?—le repliqué en el mismo tono, aunque cada vez mas admirado de cuanto me pasaba en aquella tierra.—Dios es el sumo bien; su sabiduría es infinita: y cuando él en sus ines-

crutables juicios ha dispuesto que mis pasos tuviesen la fortuna de encaminarse á la morada respetable de tus mayores, ha sido sin duda porque ha querido colmarme de felicidad.

—"No hablemos, pues, mas de eso. Dame tu mano. Y ahora levántate de esa silla y vámonos. Te tengo preparada una sorpresa. Mañana se celebrará la romería de Nuestra Señora en un santuario distante, y como quiero que te diviertas mucho, he avisado á los de Zarauz para que nos aguarden en el camino, pues ellos ya han partido. A mí no me ha sido posible venir á buscarte antes porque las labores del campo me lo han impedido.

—"Qué!—le dije:—¿has estado trabajando todo el día, y quieres, por proporcionarme un placer fatigarte de nuevo con la incomodidad de un viaje? —"Qué dices?—me interrumpió como si no comprendiese mi lenguaje.—¿Has hablado de la incomodidad de un viaje?

—"Sin duda! ¿Pues no es eso lo que me propones?

—"Qué disparate! ¿Acaso es ponerse en viaje el ir de romería?

—"No; ¿pero no me has dicho que el santuario donde se ha de celebrar está muy lejos?

—"Unas seis leguas. Y qué es eso? Ahora nos pondremos en marcha á buen paso para alcanzar á los compañeros: á las nueve llegamos á Azpeitia, donde dormiremos ó pasaremos la noche bailando, y antes de amanecer salimos con los azpeitianos para oír misa á buena hora en el santuario de Ntra. Sra. de Izar.

—"Si son buenos los caballos no dudo que podremos hacer todo lo que dices.

—"Qué caballos?

—"Los que nos han de llevar.

"El jóven montañés me miró sorprendido.

—"Confieso—me dijo—que no habia caído en que, en efecto, tú no podrías seguirnos á pié en esta excursion; pero no te apures, que pronto repararé mi olvido. Voy á prepararte uno de los caballos que hay en el establo.

—"No, no hagas tal. Qué diablo! Donde vayais vosotros á pié os seguiré yo tambien. Creí que á las romerías ibais á caballo por lo montuoso del pais; mas ya que ese no es obstáculo para caminar á pié, ya que no teneis costumbre de cabalgar como en otras provincias, no es bien que yo me distinga de los demás. Vamos pues á pié; y no temas, que no me quedará atrás.

"Diciendo esto me despedí de Martin que debia partir al día siguiente para casa de sus amos, y me puse en camino hácia Azpeitia acompañado del montañés.

(Se continuará.)

A.....

De noche, cuando la luna
melancólica alumbraba,
cuando las aves dormían,
cuando callaban las auras,

JUNIO.

Ardiendo el pecho de amores,
con honda pena en el alma
bajé al mar, en cuya orilla
eterno amor me jurabas.

Solo, mirando la luna
columpiarse sobre el agua,
y las marinas espumas
corriendo á dar en la playa,

Allí, solo, en esas horas
dulces, misteriosas, vagas,
en que el corazón ocupan
nuestro Dios y nuestra amada;

Sentí en mi pecho tan tierna,
tan indefinible calma...
que la rodilla hiqué, alzando
al Señor una plegaria.

Pedíle á Dios que te guarde
siempre tan pura y tan cándida;
¡que la flor de la pureza
á ninguna flor iguala!

SERAFIN CANOVAS DEL CASTILLO.

A PEPA.

Si nunca, niña adorada,
la brisa lleva hasta tí
la triste y doliente queja
de mi amante frenesí,
es que la brisa te adora
y tiene celos de mí.

Si el alegre jilguerillo
que vuela en torno de tí,
en sus trinos no te dice
que vivo, niña, infeliz,
es que el jilguero te adora
y tiene celos de mí.

Y si al mirar las estrellas
ellas se esconden de tí,
para ocultarte, bien mío,
que estoy mirándote allí,
tambien es porque te adoran
y tienen celos de mí.

Mas si el jilguero y la brisa,
y las estrellas, mi hurí,
guardan silencio, es que triste
con lágrimas lo pedí;
porque tengo yo celos
de cuanto te agrada á tí.

SERAFIN CANOVAS DEL CASTILLO.

LOS CINCO MISTERIOSOS TALISMANES
DE LA
VIDA HUMANA.

ANÉCDOTAS MORALES

POR

Pedro de Prado y Torres.

IV.

AGRIPA.

Hubo mutacion de escena, así como se cambian las decoraciones de un teatro, y el visionario Cagliostro se creyó transportado como por ensalmo al foro de un inmenso anfiteatro de Palestina. Refulgente estaba el eter con la luz de una mañana de este, y por la abertura del edificio se descubria el reflejo azulado del Mediterráneo. Banderas blasonadas con las cifras de Roma, tremolaban en el muro del anfiteatro. Su foro se hallaba henchido de gran número de ciudadanos, y entre ellos muchos extranjeros esparcidos por el arena como en expectativa de alguna ceremonia inusitada. Los adoradores del culto convocados allí, parecían estar aguardando al gran sacerdote; pues Herodes Agripa, el tetrarca de Judea, había bajado de Jerusalem á Cesarea, á los juegos olímpicos que se celebraban en loor del emperador Claudio.

Maravillado Cagliostro dudaba si aquello era realidad, ó una ilusion óptica de su fantasía; empero de súbito resonó el espacio con aclamaciones; y púsose de pié el inmenso concurso; sonaron clarines en las siete puertas del anfiteatro; los aplausos llenaron el aire en señal de entusiasmo, y Bálamo entonces reconoció la causa de aquel regocijo al aparecer el tetrarca de la Judea sentado en un trono de marfil. La corona que ornaba la frente de Agripa resplandecía con sobrenatural brillantez; componíase del oro mas puro, engarzado con profusion de perlas de fabuloso tamaño. Silencioso y henchido de orgullo y soberbia por su grandeza y el áura popular, ostentábase el rey de Palestina. Su estremada hermosura de un carácter elevado y heroico, apenas la nublaba su barba, algun tanto encanecida con el polvo del camino de una vida que contaba ya 54 inviernos.—En medio del silencio del populacho, lució el sol de la mañana casi de repente, dorando los ángulos mas elevados de los edificios y arcos de triunfo, y quebrando á poco sus rayos en el resplandeciente traje de Agripa, que era de tisú de plata, cubierto de deslumbradora pedrería; escarnio de lujo, que escandalizaba, que irritaba y deslumbraba á los que pretendían mirarlo con fijeza.

Agripa habló.

Al primer acento de su voz, un general murmullo como de miedo circuló por la multitud que fué acreciendo, que se hizo mas perceptible, poblando los aires al convertirse en una general aclamacion de júbilo, y se oyó que decían:

—¡Es un Dios!—Un Dios es el que habla, no un

hombre! A medida que este sacrilego homenaje llegaba hasta los oídos de Herodes, retozó en sus labios una sonrisa de satisfaccion, y reventaba su corazon con inesplicable multitud de gratas emociones. Sin duda que se creia aquel menguado, oyendo las adulaciones de la plebe, reasumir, con efecto, en su persona el poderio y la dignidad de todo un Dios.

Sin embargo, aun en medio del éxtasis arrobador producido por aquellas sensaciones, su semblante se puso pálido; contragéronse sus labios; sus ojos se amortiguaron.... ¡Y vacilante, y bamboleándose en su sόlio exhaló inarticulados gritos en el deseo de su angustia y dolor!

¿Qué seria?

¡Una súbita corrupcion se apoderó de su cuerpo, que una plaga de asquerosos gusanos devoraba!.....

Desfallecia dentro del pecho el corazon de Cagliostro al oír las lamentaciones del pueblo de Samaria, que contemplaba su ídolo herido de muerte en medio de su pompa extraordinaria.

Los historiadores judíos nos han dejado escrito con patética sencillez, que "el mismo rey Agripa lloró tambien al escuchar el general lamento de su plebe adoradora."

Otra vez hallóse nuestro alquimista envuelto en tinieblas; y dentro de su cérebro la voz sobrenatural siguió murmurando estas frases.

—¡Mira como el cuerpo se corrompe, aun cubierto con el armiño y la púrpura de Tyro! ¡Vé como el cuerpo y el alma se pudren en fuerza de abusar de los vicios y las pasiones! ¡Tales son, oh Bálamo, los penosos resultados de la inclinacion á la carne y á la lujuria!"

V.

MILTON.

Otra escena, pero de naturaleza muy diferente á las que acababa de presenciar, ofrecióse á la consideracion de Cagliostro. En vez de creer hallarse en un anfiteatro oriental, estaba en medio de una calle donde al tumulto había sucedido la tranquilidad, y á las fastuosas ovaciones una sencillez casi primitiva. Allí era una modesta casa de labradores honrados y sanos, entregados á las faenas del campo, en la época de la recoleccion. El sol brillaba; revoloteaban las mariposas; las abejas libaban los cálices de olorosas flores para convertir su fragancia en panales de esquisita miel.

Sentíase Cagliostro poseido de la mas grata emocion conforme encaminaba sus pasos en direccion á aquella cortijada; subió á una colina de donde divisó, á guisa de una rica alfombra tendida á sus piés desarrollarse un territorio, poblado de frondosos bosquecillos y dotado de rica vegetacion, de campos cubiertos de vidés y mieses de doradas espigas, y laderas de verdes prados cubiertas de rebaños paciendo y triscando; todo el cuadro recordaba á Bálamo la edad de oro de los fabulosos tiempos pastoriles, llenando de calma y de contento su alma, y figurábasele que aquel albergue cómodo aunque de pobre aspecto, debía ser la choza de Tilemon y Baucis. Acercóse Bálamo y divisó

sentado á la puerta de aquella rústica morada un hombre del mas venerable aspecto; estaba envuelto en un leviton de paño burdo, calzón de lo mismo, medias azules de lana y unos zapatos de becerro sin teñir completaban su modesta vestidura. Su plateado pero abundoso cabello á pesar de los años, se partía en dos á la mitad de su frente como la de un patriarca. Al ver aquella cabeza clásica, Bálamo recordó algunos retratos de Milton en su retiro de Buckinghamshire.

Frente al vate inmortal estaba de pié otro personaje de sus años próximamente, pero de muy diversa catadura.

Era Richardson, el mas querido entre sus amigos y el mas ardiente de sus admiradores. Hacia pocos momentos que habia estado leyendo en alta voz una obra de Boccacio, cuyo libro tenia entonces cerrado; aquel grupo quedó entonces silencioso y meditabundo; Bálamo meditaba tambien, cuando le distrajo de su estupor la voz de Milton entonando con grave acento la anti-estrofa de una oda favorita de Píndaro: á medida que las nobles palabras del lírico griego brotaban con un gusto indescriptible de los labios de Milton, Bálamo vino en conocimiento de que jamás habia comprendido como entonces la magnífica eufonía de la lengua de Homero. Cagliostro contemplaba aquel bardo, cuando calló de pronto, y su rostro se volvió en direccion al cielo..... Pero ¡ay! ¡aquellos ojos que habian deplorado la ceguera de Galileo! ¡Aquellos ojos que habian vertido lágrimas de dolor sobre las cenizas de *Lycidas*, metamorfoseadas en perlas, en fuerza de poesia! ¡aquellos mismos ojos, repetimos, estaban privados de luz!.....

Una nube de pesar oscureció su semblante, pues conocía y sentía con la sensibilidad del poeta, que la hora aquella era hermosa. Jamás vió Cagliostro ningún rostro humano expresar un dolor tan profundo pero resignado á la vez.

Denuedo Bálamo vióse rodeado de la mas densa oscuridad, y otra vez la voz misteriosa se insinuó en su alma y dijo:

—¡Mira, vé ahí las tribulaciones de los hombres grandes y virtuosos, cuando se estingue para ellos la luz; y observá la prerogativa divina deparada á aquellos que *ven*! ¡Ahora, Bálamo, reconoce que ese don tan precioso es el mismo que antes condenaste, y del que tan injustamente has blasfemado!...

(Se continuará.)

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

UN NIDO DE PALOMAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

II.

LA RAMILLETERA.

No bien hubieron salido los criados la anima-

ción se aumentó en la mesa y la conversacion se hizo mucho mas íntima y cordial.

—A fé mia, dijo el príncipe de Cellemare con su sonoro acento italiano, que este último servicio de vuestra mesa, conde, ha de ser testigo de grandes confidencias.

El marqués de la Oliva frunció sus bellas cejas al oír la palabra confidencias: sin embargo, sonrió graciosamente y repuso:

—En efecto, señores; nada hay mas á propósito para excitar la confianza que la vista del último servicio en una comida de buenos amigos: se reservan para este caso los vinos mas espirituosos, los criados se retiran, y los labios dejan escapar, sin quererlo ó sin saberlo siquiera, las penas y las alegrías.

—Penas! quién de vosotros, señores, tiene penas? exclamó alegremente uno de los dos hijos de Marte.

—Quién será tan dichoso que le falten? preguntó á su vez el hermoso pintor con una mirada melancólica.

—Yo soy ese dichoso mortal, Alfredo, repuso el jóven coronel, dejando ruidosamente sobre la mesa su copa vacía: no sé lo que es el dolor: perdí á mis padres estando aun en la cuna: mi tutor, á quien no amaba, me puso en un colegio desde el día en que cumplí cinco años, y luego pasé al militar, de donde salí muy contento con mi charretera: pronto tuve dos: como no necesitaba medrar, porque era muy rico, me ascendieron, pues ya se sabe que la fortuna busca á la fortuna: mis pergaminos me han valido bastante en mi carrera, y aquí me teneis á los veinte y ocho años coronel y libre como el aire.

—Pero, amigo mio, dijo el conde, vuestra modestia es tan grande, como bello y jovial vuestro carácter: ¿por qué atribuíis á vuestra cuna los adelantos en vuestra carrera? ¿Os habeis olvidado ya del brazo que os rompieron en una accion tan reñida como peligrosa?

—Ni un instante me dolió mi herida, conde; y aun puedo aseguraros que me pareció deliciosa cuando me dieron esta magnífica placa de diamantes: todos los que poseo de mi madre me parecen menos bellos que estos.

Y el jóven, al decir estas palabras, mostró con orgullo la gran placa de Carlos III que llevaba junto á su corazón.

—Y ese balazo que teneis en el pecho?

—Me sirvió para conquistar dos hermosos galones de oro, cuando aun contaba muy pocos años.

—Veo, Eduardo, que con ese carácter habeis sido siempre dichoso, dijo el jóven diplomático: teneis razon: el que se empeña en ver la vida negra, negra la verá siempre á pesar de todo; y el que quiera verla rosada, halla pocas nubes en el horizonte de su vida.

—Vos habeis dicho *pocas*, pero no habeis dicho ninguna, amigo mio, repuso el príncipe.

—En efecto, quién ve el cielo de su existencia sin ninguna sombra? el carácter podrá amenguar lo sombrío de sus formas y la imaginacion influye

no poco para disparlas con los matices de las ilusiones; pero no logrará correr los eternos nublados del alma para que luzca en todo su esplendor el sol de la dicha. Nuestro amigo Eduardo debe haber sufrido contrariedades tambien por mas que él se empeñe en negarlo ó que ya las haya olvidado.

—Contrariedades yo? jamás! contestó el coronel, quedándose pensativo y recapacitando al parecer; pero un instante despues alzó la frente, sacudió sus hermosos cabellos con una espresion enérgica de orgullosa alegría y repitió:

—Os lo aseguro, señores: siempre he sido feliz.

—Tambien en asuntos de amor? preguntaron á un tiempo dos ó tres de los convidados.

—Respecto al amor, amigos mios, aunque creo que no le conozco bien y no soy capaz de una jactancia necia, sin embargo, os diré que ninguna mujer ha despreciado hasta hoy mis homenajes.

—Ninguna? pensadlo bien; dijo el otro militar amenazando á su amigo con el dedo.

Este reflexionó de nuevo y exclamó:

—Ninguna.

—Pocos habrá entre nosotros que puedan decir otro tanto, observó el marqués de la Oliva con tono un poco burlon.

—Yo os considero con sobrado mérito marqués, para que os conteis en el número de los desgraciados en amor; dijo el coronel con una política perfectamente fina, pero al través de la cual se descubria mucha entereza.

—Pues os engañais, repuso el marqués: hay pocos con tan mala suerte como yo.

—Sereis muy ambicioso.

—No lo creais: podia convencerlos de lo contrario si os contase cierta aventura que me trae loco.

—Que la cuente! gritaron en coro todos los convidados.

—Allá va, pues, aunque os advierto que hago en ella un papel poco agradable.

—Vamos, vamos: nada de exordios; la aventura!

—Empiezo: ¿conoceis la calle de S. Benardino?

—Yo no.

—Yo tampoco.

—Ni yo.

—Me lo figuraba: es una calle por la cual no habreis pasado en vuestra vida y que está casi en las afueras de Madrid.

—Ah!... sí, junto á la plazuela de Afligidos.

—Al grano! al grano!

—Hace ocho dias estaba yo sentado junto á la puerta del café de Levante que, como sabeis, está situado en la calle de Alcalá: acababa de almorzar y la agradable temperatura que reinaba en el café, comparada con el intenso frío que se sentia en la calle, me habia hecho caer en ese *dolce far niente* que precede al sueño.

De repente la aguda voz de una ramilletera me sacó de mi letargo, gritando con su agudo tiple:

Ramitos de camelias! qué bonitos!!

—Y luego dirán, interrumpió con ironía el jóven jurisconsulto, que en Madrid no hay flores!

Al oír la voz del abogado, de timbre sonoro y

metálico, aunque velado un tanto, todos los convidados alzaron la cabeza como sorprendidos.

Era que aquella voz no se parecia á las demás: cualquiera diria que venia de una larga distancia á la manera que esos ecos melódicos, si bien apagados, que nos sorprenden en el campo y que pudieran llamarse la voz de la naturaleza.

La voz del jóven jurisconsulto tenia el poder de conmover y cautivar siempre.

—En Madrid hay flores todo el año, contestó el narrador: las lindas ramilleteras las compran en las estufas ó invernaderos y forman con ellas bonitos y frescos ramilletes, que venden despues á muy subido precio en las puertas de los teatros.

Nada mas gracioso que el contraste que ofrecen en este tiempo las calles cubiertas de helada nieve con esas hermosas muchachas de ojos negros y espesas trenzas de azabache, que se sitúan al pié de la escalera de los teatros con su canastillo de ramos, orlados de papel calado y fino como un enlage.

Yo alargué la cabeza para mirar á la ramilletera de que os hablo: era una de esas lindas muchachas que parecen criadas entre las flores y que, como ellas, tienen tanta gracia y frescura: llevaba un traje de lana de colores vivos y bastante corto, un pañuelo de merino blanco con grandes flores que hacia resaltar el brillo de sus grandes ojos negros y el sonrosado de sus redondas mejillas, y un dantalillo de seda azul.

Su blanca y redonda garganta estaba ceñida de corales y sostenia en las manos un lindo canastillo de mimbres finos y blancos, lleno de ramilletes.

—Niña, te los compro todos, dije á aquella hermosa muchacha que no parecia pasar de los diez y ocho años.

—Que aproveche, caballero, contestó con un mohín, lleno de esa gracia picante, propia solo de las hijas de Madrid.

—No quieres vendérmelos?

—Ay, señor! estais demasiado flaco para que podais tener el dinero que valen mis flores.

Y se puso á gritar en seguida:

Ramitos de camelias! qué re... bonitos!

Iba á hablar de nuevo á la ramilletera cuando ví pararse delante de ella á otra jóven que embargó toda mi atencion.

Jamás habia yo visto ni espero volver á ver una tan divina aparicion.

Su estatura, que no pasaba de mediana, podia tacharse quizá de demasiado esbelta: el óvalo prolongado de su rostro estaba coronado por una graciosa frente, que parecia como oprimida entre dos espesas y apretadas fajas de cabellos rubios.

Sombreados por dos cejas de color de castaña y de una finura admirable, brillaban sus grandes y rasgados ojos color de pizarra: su boca rosada y sonriente, su linda nariz y su barba, terminada por un precioso hoyuelo, acababan de dar á su fisonomía toda la pureza y espresion de una vírgen de la escuela flamenca.

Su traje, mas que modesto, era pobre: á pesar del rigoroso frío que hacia llevaba un vestido muy

usado de lanilla oscura y un pañuelo sehal de ínfimo precio: su cabeza de ángel, guarnecida de espesas trenzas, ostentaba toda su hermosura á través de su humilde velo de tul.

No obstante, su cuello y sus mangas, lisas y de puño vuelto, eran de una blancura deslumbradora: sus diminutas manos estaban encerradas en unos guantecitos de color gris en muy buen uso todavía y su largo trage no impedía del todo ver la tercera parte de un pié, calzado esmeradamente con una botita de satén negro.

Cuando se detuvo delante de la vendedora de flores, sus hermosos ojos pintaron toda la alegría propia de sus diez y siete años.

Cerca de ella se habia parado tambien una niña como de catorce, contrahecha y humildemente vestida, que la acompañaba.

—Cuánto pedís por este ramo? preguntó la hermosa jóven tomando el mas bonito que habia en la canastilla de la ramilletera y dirigiéndose á esta.

—Cuarenta reales; contestó la vendedora, mirando con desden el pobre trage de la jóven.

Esta bajó la cabeza con una mezcla de rubor y de tristeza: dejó el ramillete en la canastilla y separóse algunos pasos.

—¿Venís á divertirlos sobando flores que no habeis de comprar? chilló la ramilletera con desvergüenza.

—Son demasiado caras para mí, contestó la jóven, cuyas blancas megillas se vistieron de un color de rosa muy vivo.

—Y no podeis ofrecer nada? ¡vaya con la señorita vergonzante que se prenda de las camelias en Enero!

—Son tan hermosas!... murmuró la jóven sin perder nada de su dulce moderacion: son tan bellas que me cautivaron!... pero perdonadme... no tengo dinero para comprarlas.

Dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos al pronunciar estas palabras.

En cuanto á la ramilletera, la miró con mucha admiracion, y luego endulzando su voz dijo á la jóven con esa nobleza, que tantas veces se encuentra en el pueblo y que es innata en él.

—Vaya que yo tambien tengo un geniázo... ya lo dice mi Curro y buenos moquetes me da por él; genio y figura hasta la sepultura; en fin, ¿cuánto ofreceis por las camelias?

—Todo cuanto tengo... diez reales.

—Por Dios, señorita! ese es todo el dinero que nos han dado en la tienda, dijo la muchachuela jorobada acercándose á la jóven.

—Eso es demasiado poco, repuso la ramilletera volviendo á su mal humor.

—No tengo mas... y deseo me perdoneis por haberos entretenido tanto rato.

Al decir estas palabras la jóven volvió á llevar el pañuelo á los ojos para enjugar una lágrima rebelde y echó á andar.

La ramilletera la siguió con la vista: mas apenas habia dado veinte pasos echó á correr en pos de ella: yo la seguí tambien y ví que alcanzó á la

jorobadita que iba detrás de la jóven y la tocó en el hombro.

—Escucha, la dijo haciéndola detener.

—No puedo, porque mi señorita va sola delante.

—Únicamente es para preguntarte una cosa: cómo se llama esa señorita?

—María de la Gloria.

—La gloria tiene ella en su casa. Y dónde vive?

—En la calle de S. Bernardino, núm. 3. Pero á qué viene?...

—No te importa: toma esos dos reales por haber contestado á mis dos preguntas y corre á alcanzar á tu señorita.

La muchachuela llena de alegría, echó á correr para alcanzar á su jóven ama, mas no sin dar á conocer antes en el aire con que guardó los dos reales, que esta era la mayor cantidad que habia poseído en su vida.

La ramilletera al volver á su sitio tenia que pasar por mi lado: detúvela por un brazo y la dije:

—Espérame aquí una hora y no vendas el ramillete que tanto ha gustado á esa jóven, pues me le quedo yo.

Y sin esperar su respuesta, me puse en seguimiento de la hermosa niña.

Mas en vano, no la encontré: entonces me dirijí á la calle de S. Bernardino.

La casa, señalada con el núm. 3, tenia una apariencia humildísima: la puerta, que era en extremo reducida, estaba cerrada y sobre ella se veian dos balconcitos de madera, con vidrios pequeños y emplomados.

El uno estaba cerrado; el otro tenia una de las hojas abiertas y me pareció descubrir hácia el interior la sombra de una mujer; pero como no habia portero en la casa, á quien sondear, me contenté con mirar durante media hora los balcones y me fuí desesperado en busca de la ramilletera, que acabó de arreglar mi mal humor.

—Pues cómo?...

—Porque se habia marchado.

—¿Y no habeis vuelto á... preguntó Fernando de Silva, mirando profundamente al marqués.

—Cómo no? por quién me tomáis? exclamó este con arrogancia.

—Os tomo por un... novicio en casos de amor, respondió el jóven abogado haciendo en sus palabras una insultante y significativa detencion.

El marqués se mordió los labios, finos y sonrosados como los de una mujer, hasta hacerse saltar sangre.

—Yo estoy cierto, dijo el hermoso pintor tratando de contener la ira que radiaba en los ojos del marqués; yo estoy cierto de que nuestro amigo ha vuelto todos los dias...

—Y yo, añadió el coronel.

—Dejemos ya esa cuestion, señores, y hablemos de otra cosa, dijo el jóven diplomático. ¿Quién de vosotros ha sido presentado á la bailarina francesa que acaba de llegar?

—Yo, dijo el pintor extravagante.

—Y yo, añadió Cellemare.

—Y qué os parece?

—Regular: tiene lo que todas las francesas; buena tez, ojos grandes, pero sin viveza ni espresion, piés mayúsculos y carnosos, y enormes manos.

—A mí me parece encantadora, observó el conde.

—¡Cómo! ¿La habéis visto vos, conde? exclamó Silva.

—Sí querido: ¿qué os admira en esto?

—Es que á la verdad es de admirar que vayais á ver bailarinas teniendo la dicha de ser esposo de Clotilde de Guzman!

—Bah! de cierto que vos la habreis visto tambien.

—No lo negaré.

—Entonces ¿por qué os admirais de que yo haya querido ser presentado á Mlle. Pomerine? Creo tambien sois casado?....

—Me venceis con ese argumento, dijo á media voz Fernando de Silva, apoyando la megilla en su diestra y sonriendo con alguna amargura.

—Cómo! Es casado Silva? preguntaron admirados el príncipe de Cellemare y el coronel.

—Casado, señores, repitió el abogado decidido ya á arrostrar la tempestad: casado, como creo que lo son tambien estos dos señores.

Fernando señaló, al decir estas palabras, al otro militar compañero del coronel y al jóven diplomático.

—Ja! ja! ja! exclamó el marqués: ¿con que sois cuatro en la cofradía? Qué reservado lo teniais!

—Hay alguno que se jacte sin necesidad de pertenecer al santo estado? preguntó el conde D.... con aquella sonrisa, rara mezcla de malicia y de sensibilidad que le era habitual.

—Vos solo podiais ser el que se vanagloriase de esto, dijo el diplomático mirando rencorosamente al abogado, que habia descubierto lo que él creia ignorado.

—Ea, señores, á tomar el café! gritó el conde al ver el mal aspecto que tomaba la discusion.

Levantóse, se asió al brazo de Fernando y siguiéndoles todos pasaron á la sala de fumar.

(Se continuará.)

MARÍA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

PROBLEMA.

EPISTOLA DE UN DESENGAÑADO A UNA NIÑA PEGADIZA.

Por el correo interior
tu carta á mis manos viene,
y no sé si ella contiene
un favor ó un disfavor.

Solo sé que en la tal carta
me ofreces piadoso indulto
y que á vuelta de un insulto
mil quejas tu pluma ensarta.

Dices que yo te engañé;
mas ay! te engaña el deseo,
ó yo el engaño no veo.

ni quien engañado fué.

Ilusion engañadora
fuera tratar de engañarte
á tí, cuya industria y arte
fué engañar á toda hora.

Entre engañosos hechizos
vas tendiendo, segun puedes,
las negras, astutas redes
de tus amores postizos.

Y con fingidos amaños
y encubiertos devaneos,
vas fomentando deseos
do quier que siembras engaños.

Ojos que no te miraran,
oidos que no te oyeran,
tus falsas quejas creyeran,
tus denuestos escucharan.

Mas quien vió, como yo ví,
y escuchó, cual yo escuché,
ni tiene fé ya en tu fé,
ni busca lealtad en tí.

Si siempre fué de la ciencia
la esperiencia madre, yo
te aseguro que ya no
puedo carecer de ciencia.

Curso fué mas que científico
tu coquetismo satánico;
tu amor me infunde tal pánico
que es para mí un específico.

Ya tu esquivéz no me apura,
ni me exaltas, ni me enciendes;
cuando agravarme pretendes
yo me voy poniendo en cura.

Si persistente en tu idea
me hablas de amor, de idealismo...
suelo decirme á mí mismo:
"no es mal tonto el que te crea."

Si con gran desembarazo
tu sonrisa me provoca,
miro que es lazo tu boca
y huyo lejos de ese lazo.

Lo mismo me da que ostentes
falsas penas que alegría.
sé muy bien, querida mía,
que finjes lo que no sientes.

Por el metálico son
perdiste ha tiempo tu calma,
chispas enciende en tu alma
solo el dorado eslabon.

Si de comer y vestir
te dan, y lujo y placeres,
eres cera, nieve eres,
que se empieza á derretir.

Mas ay! si algun bonachon
te hiciere su tesoro!
zarza serás y él cordero
que en tí deje su vellon.

Despues que con negro amaño
dejes al triste por puertas,
le armarás cien mil reyertas
y te llamarás á engaño.

Tal es, mujer, tu pasion
de infausta y cruel memoria;

tal es, en globo tu historia,
y tales tus artes son.

Mas yo, que tu industria ví
y estoy harto de tus dengues,
no me opongo á que te vengues
hablando pestes de mí.

Ya se acabó el toma y daca;
si la casaca es tu vida
debes vivir advertida
de que no estoy por casaca.

No es esto decir que yo
haya de ser tan bolonio
que deteste el matrimonio
que Dios mismo instituyó.

Tal vez suceda que un día
agotada mi paciencia,
trate de hacer penitencia
en la santa cofradía.

Mas entonces cuidaré
de tener tacto, buen ojo,
y ver si mujer escojo
que me idolatre con fé.

Mujer que su amor me ofrezca
y con él paz y sosiego;
mujer, por decirlo luego,
que en nada se te parezca.

Con esto no hay que advertir
que será modesta, honrada,
buena, desinteresada,
y de fácil avenír.

Que en su noble corazon
abrigará el sentimiento
de que es la virtud aliento
y vida de la creacion.

Si alguna vez esa perla
llego á encontrar á mi paso
te aseguro que me caso
apenas consiga verla.

Tú entonces, llena de celos,
con tu natural descoco
llamándome necio y loco
pondrás el grito en los cielos.

Dirás que soy un veleta
y aunque con ciencia te arguya,
no dirás que es culpa tuya
por haber sido coqueta.

Haz lo que gustes, yo en tanto
no desisto de mi intento
aunque des furiosa al viento
tus palabras y tu llanto.

El mas inmenso favor
que puedes hacerme ahora
es llamar mi fé traidora
y mi cariño impostor.

Mucho mas que á tus rigores
temo á tu eterno artificio:
para mí son un suplicio
tus estudiados favores.

Tira, pues, por donde quieras,
charla mucho, grita gordo;
yo estoy mudo, ciego y sordo
por niñas bachilleras.

Y ya mas cauto, prudente,

y haciendo *fú* como el gato,
donde me aprieta el zapato
conozco perfectamente.

Tu lengua se ha convertido
en esquilon de villorrio
y está tocando á bodorrio
y repicando á marido.

No importa; entre tanto yo
que afecto á las letras soy,
en premio á tu afán te doy
una *N* y una *O*.

Si sabes, niña, leer,
si al fin mi intencion penetras,
haz por juntar esas letras;
no nos volvamos á ver.

Y pues sus mañas te dió,
sentencie al fin Belcebú
si la engañada eras tú,
ó el engañado fuí yo.

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

LA COMEDIA DE LAURA.

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

D. MARIANO URRABIETA.

PERSONAS.

LAURA.
LA MARQUESA DE***.
EL MARQUÉS DE***.
FEDERICO.
EL AUTOR.

ACTO ÚNICO.

Sala en casa del marqués; una mesa y asientos.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen sentados Laura, la marquesa y el marqués
con papeles de comedia en la mano.

LA MARQUESA.

Es mucho empeño el de Laura
En hacer esta comedia...

LAURA.

Sí, mamá, está prometida,
Nuestros amigos la esperan;
Ellos con nosotros quieren
Solemnizar una fiesta
Que es para todos motivo
De alegría verdadera.

EL MARQUÉS.

No hay duda que esa razon
Es de muchísima fuerza;
Pero es imposible, Laura...

LAURA.

¡Imposible! No lo creas.

EL MARQUÉS.

Lo creo tanto, hija mía,
Como si á mí me ocurriera
No sé qué, una extravagancia,
El cantar la *Cenerentola*.

LA MARQUESA.

El marqués tiene razon;
Es una ilusion tu idea,
Una idea muy laudable
Pero sin piés ni cabeza.
¿Sabes tú lo que es preciso
Para hacer una comedia?

EL MARQUÉS.

Lo primero es escribirla.

LAURA.

Lo está.

EL MARQUÉS.

No entera.
Nuestro autor con el achaque
De ponernos á la prueba,
No ha hecho mas que bosquejar
De corrido un par de escenas
Que hemos de ensayar ahora;
Si el tal ensayito pega,
Se procederá en seguida
A finalizar la pieza,
Y este fin será el principio
De nuestra dura tarea.

LAURA.

¡Dios mio! Si así lo miras,
No habrá razon que te venza.

LA MARQUESA.

La confianza de Laura
No admite ninguna réplica.
Dime, Laura, no has pensado
Que aun suponiendo que fuera
Nuestro talento en las tablas
Lo mismo que tú deseas,
Habremos de tropezar
Con mil escollos de cuenta;
Teatro, decoraciones,
Trages...

EL MARQUÉS.

Et cetera, et cetera.

LA MARQUESA.

Es una obra de romanos
Para nosotros...

LAURA.

¡Paciencia!

Está dicho y probaremos;
Es sagrada la promesa...
Las grandes dificultades,
Los escollos que enumeras,

Son leves inconvenientes,
Hallándonos en presencia
De un público bondadoso
Que yo, lo sé á ciencia cierta,
Aplaudirá nuestras faltas
Y elogiará nuestra empresa.

LA MARQUESA.

Mucho te prometes, Laura,
De su extremada indulgencia.

EL MARQUÉS.

Tampoco la pongo en duda:
Pero hablando con franqueza,
Las cosas, ó hacerlas bien,
O si no, dejar de hacerlas.

LAURA.

No es mi ánimo que nos tomen
Por artistas de primera...

EL MARQUÉS.

¡Ya!... pero ¿y si nos toman
Por cómicos de la legua?

LA MARQUESA.

No faltaria mas.

EL MARQUÉS.

Castigo
Justo de nuestra imprudencia,
Que quien se atreve á hacer cosas
Superiores á sus fuerzas,
Sabe por adelantado
Lo que sin falta le espera.

LAURA.

No abultemos tanto.

EL MARQUÉS.

¡Pues!

Como á tí nada te arredra,
Crees que todos tenemos
Aquí la misma firmeza.
Pero en fin veremos pronto
Si no eres tú la primera
Que en el arte del teatro
Al echar á andar tropieza:
Tendrá que ver la heroína
Sucumbiendo en la palestra.

LAURA.

No digo que no.

LA MARQUESA.

Adelante.

(Al marqués) Amigo mio, dejémosla.
(A Laura) Pero ¿y tu hermano?

LAURA.

Ensayando

Su papel con el poeta:
Sabes que es el mas difícil
De todos los de la pieza,
Y necesita lecciones...
Pero ¡silencio! aquí llegan.

ESCENA II.

Los mismos, Federico, el Autor.

EL MARQUÉS.

Tú ya sabes el papel?

FEDERICO.

Sí, buena memoria tengo;
Le hemos dado un repasito
Para empezar á entenderlo.
Y Laura ya sabe el suyo?

EL AUTOR.

No hace falta aun; con ellos
Ante la vista ahora mismo
Lo escrito ya ensayaremos,
Y despues se aprenderán....

LA MARQUESA.

Dios nos dé paciencia.

EL MARQUÉS.

Y tiempo.

LAURA.

Vamos, vamos, los papeles;
Creo soy yo la que empiezo.

EL MARQUÉS.

Sí, tú eres; pero aguarda;
Antes del ensayo, pienso
No estarán de mas aquí,
Así de prisa y corriendo,
Algunas esplicaciones
Acerca del argumento.

LA MARQUESA.

Es verdad; por las escenas
Que en nuestro poder tenemos
No se adivina cuales
De esta comedia el enredo.

EL AUTOR.

Muy sencillo; dos palabras
Harán ver el pensamiento.
Cárlos y Matilde juran,
Por de contado en secreto,
Que se amarán en la vida
Con un amor sempiterno.
Nadie en la casa sospécha
Ni tiene ningun recelo
Sobre esta pasion profunda
Sellada con juramentos;
Que han de ser causa de males,
Por fortuna pasajeros,
Hasta que el padre á Matilde
Notifica con imperio
Que quiere darla un marido,
Que es un partido soberbio.

EL MARQUÉS.

El padre es pues imperioso?

EL AUTOR.

Terrible como un cerbero.

JUNIO.

Y cuando manda una cosa
No oye súplicas ni ruegos.
Matilde se desespera,
Y entre llorando y gimiendo
Confiesa su amor á Cárlos,
Y con loco devaneo
Enaltece las virtudes
De su adorado tormento.
Dice que él es su ilusion,
Su felicidad, su sueño,
Que sin él no habrá para ella
Mas que un porvenir muy negro....
En fin, dice muchas cosas,
Pero en hablar pierde el tiempo,
Pues su padre exasperado
Y mas que nunca impertérito,
Declara su voluntad
De realizar el proyecto.

EL MARQUÉS.

Y quién es Cárlos?

EL AUTOR.

Un jóven
De instruccion, de entendimiento,
Hijo de buena familia;
Pero....

EL MARQUÉS.

Hola, tenemos un pero?

EL AUTOR.

No es rico, y esta razon....

EL MARQUÉS.

Entiendo muy bien, entiendo.
Y el otro?

EL AUTOR.

Es un potentado
Que vino á París de lejos,
De la América ó la India....
En fin, eso es lo de menos;
Lo cierto es que se presenta
Este señor opulento
Como un hombre que dispone
De los tesoros de Creso.
Coches, boato, gran lujo,
Gran ostentacion, y un séquito....
Color de su servidumbre
Entre chocolate y negro.

EL MARQUÉS.

Y su figura?

EL AUTOR.

Pasable.

EL MARQUÉS.

La edad?

EL AUTOR.

Aquí está el tropiezo.
Pasó ya la juventud.

EL MARQUÉS.

Matilde, válgate el cielo.

41

EL AUTOR.

Ah! sin ese inconveniente
Sería un novio perfecto.
El padre lo encuentra tal,
Y desde el primer momento
Que presentado en su casa
Pide á su hija en himeneo,
Cortés y afable le mira
Su aprobacion concediendo.
Para abreviar pormenores,
Matilde, firme en su empeño,
Se resiste y amenaza
Con entrar en un convento;
Pero todo inútilmente:
No hay á su dolor remedio,
Debe despedir á Carlos....

EL MARQUÉS.

Y casarse con el viejo.
La situacion es horrenda
Para Matilde....

EL AUTOR.

En efecto;
Pero en males de comedia
No dura mucho el veneno.
El pretendiente famoso,
Oh feliz descubrimiento!
Es un truan muy solemne,
Un perillan benemérito,
Que vino á caza de gangas,
Y se encaminó derecho
Hacia el dote de Matilde
Para clavarle el anzuelo.
El cómo se descubrió,
Los lances que allí ocurrieron,
La alegría de la novia,
Del padre el abatimiento,
La proteccion que la madre
Dispensó con gran acierto
A los amores de su hija
Cuando los supo; todo esto
Se explicará en la comedia
Claro y con detenimiento.
Ahora en cuanto al desenlace
Que está adivinado pienso,
Carlos y Matilde alcanzan
El logro de sus deseos.

EL MARQUÉS (á la Marquesa.)

El plan á decir verdad
No es obra de mucho ingenio.

LA MARQUESA.

Puede que cuando esté escrito
Sea otra cosa; esperemos.

LAURA.

Hay mas que decir?

EL AUTOR.

No hay mas.

EL MARQUÉS.

Está terminado el cuento.

LAURA.

Vamos pues á nuestro ensayo;
Federico, tú entras luego.

(Se concluirá.)

REVISTA DE MADRID.

MES DE MAYO.

SUMARIO.—La presuncion de mi vecina.—Una rectificación.—Inauguracion de la Sociedad de Bellas Artes.—El sombrero.—Romería de San Isidro.—El dos de Mayo.—Salida para Aranjuez de la familia real.—El pianista Gorla.—Teatros.—Un amor á prueba.

Habéis de saber, lectores míos, que mi vecina Doña Coleta, aquella de quien os hablé en mi pasada revista y que me ofreció darme noticias á trueque de que yo la permitiese leer *La Moda* se me enfadó terriblemente por la descripción que hacia de sus costumbres y figura.

—Cómo! exclamó; ¿es posible que diga V. que soy una momia, y que me cubro el rostro con el velo para engañar con mis vestidos pomposos y mi elegante miriñaque? Y V. se llama mi amiga?

—Pues qué, no lo soy, Doña Coleta?

—Cómo que lo es V? Si lo fuera hubiera evitado que viese *La Moda* en vez de enviármela para que leyese lo mucho que me pone en ridículo.

—Oiga V., Doña Coleta, y no se enfade: en primer lugar, la verdad nunca es ridícula: ¿puede V. negarme que todas las tardes va á lucir su elegante figura por las calles del Carmen y de Alcalá?

—En efecto, no puedo negarlo.

—Pues bien; á qué enfadarse entonces?

—Es que no siempre puede decirse la verdad.

—Yo la digo siempre, pues me parece mas bella que la mentira: además V. me autorizó para que hablase de su persona; y V. no es una escepcion: conozco muchas mujeres que le doblan la edad y que hacen alarde de un ridículo coquetismo: en Madrid hay una clase de mujeres que nunca son viejas.

—No me engaña V. con sus bellas razones, mi querida Pamela: repito que, al menos, debia V. haberme ocultado el periódico para no incomodarme.

—Pero, Doña Coleta, eso era engañar á V. y faltar á mi palabra con los suscritores de *La Moda*.

—Cómo?

—V. me ofreció cuentos y noticias para mis revistas á cambio de ver *La Moda*: y hoy no me contaria V. nada si no se la hubiera enviado: por consiguiente, su silencio de V. me obligaba á faltar á mi palabra con los lectores de este semanario á quienes ofrecí las noticias de V.

Pero al fin yo estoy ofendida y....

—No se apure V.: una rectificación lo compone todo: afortunadamente estamos en un tiempo en que todo se arregla rectificando.

—Me conformo; pero ya puede V. empezar su revista rectificando.

—Corriente: vea V. lo que escribo.

"Mis amadas lectoras: debo hacer una rectificación con respecto á mi revista anterior: mi amable vecina Doña Coleta...."

—No me ponga V. doña porque lo detesto.

"Mi amable vecina Coletita no es una momia como yo os dije el mes pasado: su modista le ha probado hoy un vestido delante de mí, y he visto que tiene unas formas en extremo elegantes; aunque muy magras."

—Jesus! qué espresion!

—Cual pondremos, pues?

—Delgadas.

—Señora.... formas delgadas....

—Ah! ya dí en lo que debe V. poner: *nerviosas*.

—Que me place: esa palabra es muy elástica y muy de moda: continuó.

"Aunque muy nerviosas: en cuanto á la interpretación que pudiera darse á que sale todos los días al anochecer, debo evitar con una aclaración que no le sea ofensiva: mi amiga y vecina sale por convenir así á su salud, y debe á su bella y.... nerviosa figura el llamar tanto la atención de todos."

—Está V. contenta?

—Mucho que sí: esta rectificación me vale el que la prensa vuelva á ocuparse de mí.

—No pocos entablan polémicas con el mismo objeto: el afán de figurar es tan grande hoy que.... pero, vaya, vecinita, ya que he logrado desenfadar á V. cuénteme V. algo.

Doña Coleta, completamente desenfadada en efecto tomó una silla y empezó así:

—Hable V. en primer lugar de la inauguración de la Sociedad de Bellas Artes.

—Ya sabe V. que yo no fui por hallarme enferma; pero V. que tuvo uno de los billetes de preferencia, puede contarme lo que pasó.

—Lo haré lijamente porque tengo muchas cosas que decir á V. La inauguración se celebró con toda la solemnidad que el acto exigía y solo faltó que nuestra augusta soberana, dignísima Presidenta y protectora de la Sociedad, asistiese á él para que hubiera sido completa su brillantez; pero no pudo verificarlo por tener que presidir el Consejo de Ministros.

El salón grande del Conservatorio, ricamente decorado, estaba iluminado con magnificencia y concurrido por casi todas las personas notables que encierra Madrid: artistas distinguidos, escritores de mérito, mugeres hermosas y elegantes, en todos los semblantes retratada la animación y en muchos el entusiasmo: este es el cuadro brillante que presentaba á la vista el cómodo y magnífico local.

A las nueve empezó la función con un himno á las artes, en cuya letra y música estuvieron felicísimos los señores Viedma é Inzenga.

A continuación la niña Eloisa D'Herbil ejecutó con su acostumbrada maestría unas difíciles variaciones é inmediatamente comenzó la representación de la comedia escrita espresamente para esta inauguración por el Sr. García Santisteban y cuyo título es *La frutera de Murillo*.

La señorita Muñoz, alumna del Conservatorio, desempeñó muy bien el papel de Flora.

El Sr. Ortiz hizo un Murillo lleno de dignidad y de pasión.

Los señores Algarra y Moreno Gil estuvieron muy felices en el desempeño de su cometido.

El Sr. Marco, que es tan buen poeta como excelente actor y que podía ser hoy una de las glorias de nuestra escena, bosquejó con toda su perfidia el carácter del intrigante cortesano Don Iñigo: parecía imposible que aquel caballero de altivo continente y gallarda apostura fuese el festivo autor de *Libertad en la cadena*.

Otro de los acontecimientos de la inauguración del Liceo, fué la reaparición de Don José García Luna: así que se presentó, una salva de aplausos le saludó con júbilo, y esta ovación duró largo rato: la emoción del artista fué tan grande que casi asomaban lágrimas á sus ojos. La representación de la graciosa pieza *Mi tío el jorobado* fué un continuo triunfo para Luna, Serra y la señorita Landy, que desempeñaron admirablemente sus respectivos papeles.

—Basta de Bellas Artes, amiga mía, y tenga V. la bondad de decirme algo de la cuestión de sombreros.

—El señor Asquerino ha publicado un libro con el título de *El sombrero, su pasado, su presente y su porvenir*, el cual consta de una composición de cada uno de nuestros mas aventajados poetas y del que van despachados ya tres mil ejemplares; pero por mas que se diga, el chambergó, al menos en Madrid ha perdido el pleito, puesto que no le usan mas que los pollos y los calaveras y estos ridículamente adornados con plumas y hebillas.

—Qué me cuenta V. de la romería de San Isidro?

—Oh! Que estuvo brillantísima! Pero á propósito, amiga mía: sabe V. que he leído muchas necias descripciones de esa fiesta popular?

—Serán hechas por gentes que jamás se han hallado en ella, Doña Coleta; pero veo que hoy trae V. poca gana de hablar: no me dice V. nada del Dos de Mayo, ni de la salida para Aranjuez de la familia real, ni del pianista Goría, ni de teatros siquiera: será que me guarda V. rencor todavía?

—Nada de eso, hija mía: cuando estoy incomodada digo una fresca al lucero del alba; pero luego se me pasa y tan contenta; pero tiene V. tan poca paciencia!.... El Dos de Mayo se celebró, como todos los años, con salvas, con doble de todas las campanas y procesion á las doce, con desfiladero delante del obelisco de las tropas de la guarnición.

SS. MM. salieron el día tres con sus augustos hijos y la misma noche durmieron en Aranjuez donde residen todavía: á propósito, ¿ha visto V. el wagon real?

—Sí, señora, es muy elegante: consta, si mal no me acuerdo, de un lindo camarín tapizado de terciopelo granate, con sillones de lo mismo y de un retrete cubierto de terciopelo azul á la izquierda, á la derecha hay otro gabinete mas sencillo para las damas de guardia y para el aya de SS. AA.

—Es verdad: tiene V. buena memoria: hablemos

ahora de teatros, porque del pianista Goría no quiero hablar á V. como no sea para ponerle como un trapo.

—Y por qué?

—Señora, ¿qué otra cosa merece un hombre que, olvidándose de que la reina le agració con la cruz de Carlos III y de que el público madrileño pagó buenas pesetas por oír su música insustancial, dice que en España los hombres son de tres piés y se pisan los bigotes, las mugeres sucias y pestíferas, las damas peores que las loretas de la calle de Breña; que los militares llevan sombreros que avergonzarían á los oficiales de Soulouque; que en quince días que llevaba aquí de estancia se habían cometido siete asesinatos y que se ahorca á la gente para que el público se divierta. Vamos, no quiero dejarme llevar de mi cólera porque si nó... Ha hecho bien en marcharse ese musiquín, porque de lo contrario.... Hablemos de teatros.

—Sí, sí; es lo mejor.

—Valero se ha separado de la empresa del Príncipe: en cambio ha hecho su primera salida en este teatro la señorita Guijarro, que apenas cuenta trece años, alumna del Conservatorio y que promete mucho para el porvenir por su bellísima voz, figura agradable y buenos modales.

En cuanto á obras nuevas se han estrenado en el Príncipe *La huella del pecado*, *El bello ideal*, *Un error frenológico*, *Un cuerdo loco* y un loco cuerdo, *La senda de espinas*, *La mala semilla* y *Presente mi general*.

—¡Jesus, cuántas obras!

—Pero mas es el ruido que las nueces, como suele decirse, porque ninguna de esas obras alcanzó una mediana vida y la empresa, para preparar sus trabajos, tuvo que apelar á las habilidades del Sr. Vincenzo Bonanno, célebre prestidigitador italiano que deja muy atrás á Bosco en destreza y que es tan galante, modesto y bien educado como fátuo, orgulloso y necio el títere de Goría.

Esta noche se estrenan dos picecitas para el beneficio de la Valentini, una con el título de *La cuenta del zapatero* y la otra con el de *El hongo y el mirinaque*. La Valentini tomó parte tambien en una pieza francesa *Un garçon de Chez Very*.

En el Circo se han estrenado *Contra soberbia*, *humildad*, *Solo en el mundo*, *El honor y el trabajo*, *Camino del matrimonio*, *La doctora en travesuras*; pero repito lo que antes dije: mucho ruido y.... esta noche se pone en escena, á beneficio de la Teodora, un drama del Sr. Dacarrete titulado *Las dulzuras del poder*, del cual corren muy buenas noticias.

En Jovellanos se han estrenado las zarzuelas *El sordo*, *Quien manda, manda*, *Frasquito* y *Un disparate*, cuyo argumento justifica admirablemente este título.

—No me cuenta V. novedades de otra especie?

—Estoy pensando en un lance que me refirieron ayer y que ahora tiene mucho de chistoso; pero que podrá tener muchísimo de dramático.

—Cuéntemelo V.

—Una jóven de la buena sociedad de Madrid hace tanto tiempo que se veía seguida y acosada por un jóven á cuyo amor no quería corresponder, que decidió entrar en un convento hasta que se le pasase esa manía al testarudo galán; y lo mas particular es que la jóven no tenia amores con nadie.

—Pues qué; ¿es forzoso que una muger tenga siempre ocupado con amores su corazón?

—Cuando es tan jóven como la heroína de mi historia, sí.

—Pues yo creo que no, Doña Coleta: estoy persuadida de que la que está continuamente rodeada de amadores no quiere á ninguno; pero volvamos á esa pobre muchacha.

—Pues bien, se retiró á un convento de donde es religiosa una tia suya; pero lo mas extraño es que el jóven que la asediaba pudo averiguar que se murió el sacristán del susodicho convento, y consiguió que le diesen su plaza.

—Cómo! se hizo sacristán!

—Sí, hija mia: y no porque no pertenece á una de las mas nobles familias de Madrid; pero á tanto llega su pasión; y no es esto lo mas curioso del lance, sino que antes de ayer llegó un primo de la muchacha, capitán de ingenieros, y la hermosa encastada le ha escrito participándole que quiere casarse inmediatamente con él.

—Y él la ama?

—Nada se ha sabido hasta ahora; pero se dará por muy satisfecho con casarse con una muger muy jóven, muy bella y muy rica.

—Y qué hará el pobre sacristán?

—Qué ha de hacer? morirse ó casarse tambien.

—Pero ¿por quién sabe V. todo eso?

—Por una religiosa del convento, amiga mia.

—V. tiene siempre motivos para saberlo todo.

—Qué quiere V.! tengo este genio y así me divierto.

En el momento en que me contestaba esto mi vecina, llamaron á la puerta y mi doncella le entregó una carta.

—Me permite V.? me preguntó.

—Lea V.

Doña Coleta rompió el sobre y repasó para sí su contenido pintándose en sus facciones una viva sorpresa.

—Oiga V., me dijo despues: y leyó en voz alta:

"Mi querida amiga: esta noche se casa nuestra novicia con el sacristán; el ingeniero se ha quedado *in albis*, pues tanto y tanto ha hecho el amante desdénado y tantas cartas la ha escrito que al fin ha triunfado."

—Por fortuna, la interrumpí, no ha acabado trágicamente esa novela.

—No, dijo Doña Coleta: pobre porfiado sacristán.

—Diga V. mas bien, respondí, que en el amor bien sentido hay algo de augusto como en la verdad.

PAMELA.

Segun prometimos en nuestro anterior número, trasladamos á continuacion algunas de las jocosas poesías que comprende el cuaderno recientemente publicado en Madrid con universal aceptacion, y que, como entonces dijimos, se titula: *El Sombrero*.

A LOS REFORMADORES DEL SOMBRERO.

Sí, ya de paciencia basta:
por vano, tramposo y feo,
debe marcharse á paseo
el sombrero que hoy se gasta.

Escandaliza y asombra
que el guardapolvo del hombre,
sombrero tenga por nombre,
no dando á la cara sombra.

¡Guerra incesante y cruel
á ese trastucho embustero!
rinda el nombre de *sombrero*,
ó cumpla mejor con él.

¡*Sombrero*, sin ton ni son
por excelencia se llama!
todo hace sombra; una rama,
un abanico, un baston;

Y ¡él solo usa un distintivo
en que la impudencia brilla!
Mas sombra da la sombrilla,
con ser un diminutivo.

Tan loco, y tan altanero
nuestra indolencia le puso:
se viene al postrer abuso
por tolerar el primero.

No bien domados los potros
burlan al ginete así:
se ha puesto muy sobre sí,
porque está sobre nosotros.

Al principio, sin las galas
que al fin por soberbia trajo,
era el sombrero, un sombrero
con anchas, redondas alas;

Despues, con atroz demencia,
digna de suplicio horrendo,
fué por arriba creciendo,
menguando en circunferencia:

Bote, chistera, marmita,
colmena, olla de campaña,
jamás se la vió en España
como aquí se necesita.

Nada de esto hubiera habido,
segun imagino yo,
si cuando él se alicogió,
se le hubiera alitendido.

¡Gloria á la presente edad

en que germinó la idea
de hacer que en España sea
el sombrero una verdad!

No abundan mucho las tales
por nuestra mala fortuna:
siquiera tengamos una,
que es de las mas capitales.

Otra y otra y otra y mil
á esta seguirán despues:
todo en estas cosas es
entrar en el buen carril.

Aunque Débora y Barác
digesen que es elegante,
¿quién usará en adelante
con hongo ó chambergo, frac?

Nadie: incompatibles son;
si hay chambergo, el fraque cesa:
libre nos veremos de esa
doble cola de gorrión.

Animo, no desmayeis:
caiga y nunca se levante
el sombrero insombrante;
pero mirad lo que haceis.

A gusto y razon, ultraja
hoy el sombrero á ojos vistas:
cambiádnosle, reformistas;
mas cámbiese con ventaja.

Id con tiento, ved, probad,
y no deis en balde un paso;
no sea el remedio acaso
peor que la enfermedad.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

FABULA.

Calóse un gran sombrero, y muy ufano
¡Qué buen mozo soy ya! dijo un enano:
—¡Hasta cuando, Señor, clamo con ira,
Reinará en este mundo la mentira!

M. DEL P.

FABULA FILOSOFICA.

Su mujer á Perico en el *parterre*
Le incitaba á robar *erre* que *erre*.
—¿Y si el guarda, le dijo, el ramo viera?
—Tonto, ¿de qué te sirve la *chistera*?...
Cedió; pero al tocar en la enramada,
El guarda le mató de una pedrada.
¿Quién obligó á Perico á ser ratero?
¿Fué su mujer? oh, no! fué su sombrero!

RAMON R. CORREA.

CUESTION CAPITAL.

Es cosa bien sabida
Que del mundo en el tránsito ligero,
Pasa un hombre su vida
Debajo de la copa de un sombrero;
Pero
La paciencia ya falta
Al ver eternamente en candelero
Ese de copa alta
Estúpido sombrero.

El talento mas zurdo
Puede encontrar belleza
En tan raro sombrero:
Pero
¿Qué razon no tropieza
Con que tan grande absurdo
No cabe en la cabeza?

Lector, piensa y medita
La cuestion capital que te propongo:
Si la inflexible lógica te grita,
Tú sacarás por consecuencia un *hongo*.

JOSE SELGAS.

DOLORCITAS.

Es Dolorcitas la moza
Mas salada que yo he visto:
¡Ay cielos, si ella me diese
La sal para mi cocido!

Es capaz con sus miradas
De dejar á un hombre vizco,
Y es capaz de volver loco
Al mismo dia del juicio.

¡Tiene unas manos! Anoche
Dió un bofetón á un mocito,
Y el mozo, por ver su mano,
Se dejó dar otros cinco.

¡Qué muchacha, Dios eterno!
¿Quién se volviera cepillo
Para tocar á su ropa?
Quién se durmiera en sus rizos?

La ví yo por vez primera
Un dia de San Isidro,
Bailando allí en aquel Prado
Al son de unos guitarrillos.

Al verla sentí yo un baile
Dentro de mi pecho mismo,
Mi corazon daba saltos
Como un bailarín del Circo.

Cesó la niña en su danza
Y cesó el corazon mio:
Volvió á bailar Dolorcitas

Y volvió al baile el maldito.

No hay duda, dije yo entonces,
Me ha flechado el dios Cupido;
O me ha de querer Dolores
O habrá la de Dios es Cristo.

Lleguéme á la buena moza
Y quise hablarla atrevido;
Pero apenas ví su cara
Me dieron escalofrios.

Dobláronseme las piernas
Y en tierra caí rendido,
que esos efectos producen
Mozas de tal frontispicio.

Al verme así de rodillas
Un mozo chuseo me dijo:
"Mas abajo está la ermita
Si quereis rezar, amigo."

Pero yo haciéndome el sordo
No me moví de aquel sitio
Y mirando á Dolorcitas
Empecé á decir con brio:

"No sé qué tienes, hermosa,
Que yo al verte me derrito;
Si no me das amor sólido
De seguro me líquido."

"Muy malos son los dolores;
Pero yo Dolores pido:
Hermosa, por San Paneracio,
Quiéreme ó me pego un tiro."

Un mozo crudo y terrible
De los de navaja en cinto,
Se aproximó á contestarme
Con su cara de judío.

Y yo que toda mi vida
He sido un hombre pacífico,
Tomé las de Villadiego
Y hacía Madrid volvílisto.

Vine como un Jeremías
Llorando por el camino,
Y por mas que lo intentaba
No pude darla al olvido.

De pensar en ella tanto
Me puse descolorido,
Y perdí luego la gana
De comer y beber vino.

Fuime quedando, quedando
Tan delgado como un hilo,
Y si Dios no lo remedia
Acaso entonces las lio.

Mas quiso Dios que una tarde
Pascando en el Retiro,
Donde iba yo á beber agua
Por hallar algun alibio,

Ví otra vez á Dolorcitas,
Exhalé cuatro suspiros,
Le dije cuatro requiebros
Y me tomó por su amigo.

Engordé luego; y al verme
Decían mis conocidos:
"La fuente de la Salud
Es fuente que hace prodigios."

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

LAS ALMAS GEMELAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

SEGUNDA PARTE.

I.

EL RETIRO.

"Rien de mon ennui solitaire,
Ne peut étouffer les soupirs;
Je trouve l'urne funéraire
Près de la coupe des plaisirs."

"Jules Favre."

A tres leguas de Kiof, se elevaba una magnífica casa de campo, cuya situación riente dominaba todas las aldeas vecinas, y el camino real que conducía á la ciudad.

El estenso parque, los patios enlosados y los deliciosos jardines que la rodeaban, hacían conocer á primera vista la riqueza y el buen gusto de sus moradores.

El mueblaje, así como los demás adornos de la casa, era á la vez elegante y costoso, y si todas las comodidades de la vida pudieran proporcionar de alguna manera la felicidad, la familia que la habitaba debía contarse una de las mas dichosas sobre la tierra.

Pero todo lo contrario sucedía en aquella linda habitación: hacia dos años que ni un cántico de alegría, ni un baile, ni una sonora carcajada resonara en aquellos lujosos aposentos.

El dueño de ella después de padecer durante largo tiempo una enfermedad cruel, había partido para Italia, donde algunos médicos le habían hecho concebir esperanzas de curación para un mal que él creía con razón incurable.

Desde el momento en que Lenois abandonó la Rusia, su joven esposa se sonfinó voluntariamente en el castillo que poseían cerca de Kiof, con su hermoso Arturo y el preceptor de este Sr. Druil.

Triste, sumamente triste, era la vida de Carlota, y aunque acostumbrada á vivir los seis prime-

ros años de su matrimonio en una de las calles mas bulliciosas de la capital, pronto se acostumbró á la soledad de la aldea, porque todo el que sufre desea la soledad, y porque habiendo reconcentrado todas sus esperanzas en Arturo, pasaba los días y los años dentro de las tapias del parque ocupada solo en la educación de aquel ser en cuyo corazón quería inspirar el amor á la virtud y el amor al prójimo.

A no ser por las cuantiosas limosnas que reparaba entre los lugareños por mano del Sr. Druil, ó por la admiración de los paisanos cuando Arturo salía á hurtadillas por la puerta del parque, hubiérase creído que la casa solo estaba habitada por los arrendatarios, porque ellos eran los que en realidad disfrutaban de todo.

En cuanto á Arturo, era una personificación de su madre cuando niña, con su hermosura cándida y simpática, sus ojos azules y sus cabellos rubios.

Ay! los que hubiesen amado á la madre no podrían menos de amar al niño.

La señora de Lenois padecía mucho; su imaginación asaz melancólica tomó nueva fuerza con la vida sedentaria, y en algunos momentos de misticismo llegó á creer que los padecimientos de su esposo eran el castigo del pensamiento que tanto le había ocupado antes de su boda, única falta que su conciencia le reprochaba.

¿Pero qué falta era esa para merecer tan severo castigo?

Carlota no cesaba de reprocharse aquel pensamiento por mas que la idea vaga de un ensueño que tanto la había fascinado permaneciese oculta en lo mas recóndito del alma.

Por eso cediendo á un arrobamiento de escrupulosidad pronunció ante la imagen de María un juramento terrible por el cual se obligaba á abjurar para siempre aquella unión. Es verdad que á tan terrible prueba el corazón de la joven esposa se oprimió de dolor; pero aquella mujer fuerte y enérgica tuvo valor para luchar sola sin Nicolás, que la muerte le había arrebatado, sin su madre y sus hermanos que se habían trasladado á San Petersburgo, y bloqueada por un amante que para todo se había hecho indiferente menos para ella, fingió felicidad y le obligó á emprender un viaje desesperado, del que no había vuelto todavía.

Luego, se abandonó en brazos de Dios, y miró el porvenir como un arcano que le estaba vedado descubrir.

Estas agitaciones, estas luchas interiores y solitarias, habían minado su vida y apagado su natural vivacidad. En su carácter sombrío, en sus mejillas pálidas, y en sus ojos cargados de lágrimas, que Arturo enjugaba riendo, nadie hubiera conocido á la linda y alegre Carlota, á la que el pueblo designaba con el poético nombre de la *Rosa del Norte*.

Un vestido de lana negro había sustituido á las vaporosas muselinas; sus espléndidos bucles rubios estaban siempre recogidos en un gorrito de encaje adornado de pasionarias artificiales.

En la época que vamos describiendo, Carlota ha-

bia caído en una melancolía peligrosa, y sin los asiduos cuidados del Sr. Druil, quizá se hubiera aniquilado su salud.

Apoyada tristemente en su brazo paseaba lentamente por el jardín llevando siempre de la mano á su Arturo, escuchaba los consejos de aquel buen servidor, anhelando recibir noticias de su esposo, y temblaba sin embargo á todas horas con la idea de una carta funesta.

Era una hermosa mañana del mes de Mayo; la brisa que agitaba las hojas de los arbolillos que dividían la platabanda del jardín, traía hasta los pies de Carlota las blancas florecillas que coronaban las anchas copas de los árboles frutales.

Arturo jugueteaba á corta distancia, y en las miradas furtivas que dirigía á su madre, así como en las continuas escursiones que hacia hacía un rincón del jardín, era fácil conocer que el niño contemplaba con la mayor curiosidad un objeto brillante, pues que reverberaba al sol como un espejo ó una piedra lapidada.

Carlota no había prestado atención á los movimientos de su hijo, y preocupada por su idea dominante, exhalaba continuos suspiros que se confundían con el ligero ruido del viento de primavera entre el follaje.

Un mes hacia ya que no había recibido carta de Ricardo: su última estaba fechada en Florencia en el momento de salir para Roma.

"Allí estaré mejor, (decía en ella el pobre enfermo) en la ciudad eterna, en la reina de las artes me ocuparé en recorrer las maravillas de la antigüedad siempre que mi salud me lo permita.

"Mis criados me prodigan las atenciones mas delicadas, pero Mr. Steward tan bueno, tan solícito, empieza á cansarme algunas veces sin saber por qué.... los enfermos son caprichosos.... Oh, esposa mía! yo tiendo la vista á todas partes y no estás aquí, y no puedo nunca llevar tu mano á mi corazón para que veas lo que padezco.

"Todos los niños me parecen feos, mas feos al menos que mi Arturo.... yo te llamo sin cesar.... no puedo llevar mas adelante mis ilusiones.... Ah! si estuvieses á mi lado en la hora suprema!

"Pero.... no vengas, no.... no te espongas con ese inocente niño á un viaje eterno como la tristeza del que sufre; pronto, tal vez muy pronto desaparezca esta fatiga que me ahoga.... porque he estado ya mucho peor, mucho mas fatigado, y entonces, Carlota, no tendré mas que un pensamiento, el de volver á mi patria y morir en tus brazos."

Carlota traía siempre aquella carta sobre su corazón resuelta á no separarla de sí hasta recibir otra que disipase hasta cierto punto sus temores, porque Lenois, como todos los enfermos crónicos, tenía momentos de esperanza al lado de los momentos mas desesperados.

Acercóse Arturo lentamente, y deteniéndose á poca distancia de su madre sacó del bolsillo un magnífico reloj de oro en cuya cubierta se veía una rica cifra de gruesos y redondos brillantes.

Carlota no hizo el menor movimiento, ni levantó sus ojos hacía Arturo.

—Es mio, mio otra vez, exclamó el niño dirigiéndose hacía su madre. Entonces era yo pequeño y me engañabas, ahora soy grande y rico!

—¡Rico! repitió maquinalmente Carlota, sin alzar los ojos ¡pobre criatura! ¿acaso puede la riqueza dar la salud ni cicatrizar las heridas del alma?

Arturo se acercó entonces á su madre y le presentó la cifra de brillantes, preguntándole con dulzura:

—Duermes, mamá?

—Oh! no, no duermo, amor mio.

—Entonces, por qué no miras?

Carlota fijó entonces los ojos sobre el objeto que Arturo tenía fuertemente asido entre sus manos, lanzó un ligero grito, y dejó correr por sus ojos dos gruesas lágrimas estrechando al mismo tiempo á su hijo sobre su corazón.

—Oh Dios mio! exclamó con amargura; cuán terrible es vuestra justicia!

—No me lo quites! no me lo quites! es mio! exclamaba el niño atemorizado.

—Oh! sí, tuyo, tuyo; ¿pero dónde le has cojido?

—Escucha, mamá; cuando papá se fué hace ya tanto, tanto tiempo, aquel señor me dió el reloj y....

—Sí, comprendo.... eras muy niño y....

—Y me engañaste, mamá.... y desde entonces yo buscaba siempre mi querido relojito, pero no le encontré y no volví ya á oír la música.... hoy.... tú dejaste abierto el cajoncito de tu tocador.

—Cómo! dijo Carlota con sobresalto, ¿y tú te atreves á registrar....

—No, mamá: yo no he registrado nada: ¿pues no te digo que buscaba siempre mi querido relojito? pues le buscaba por todas partes sin poderle encontrar, sin poder atinar donde le guardabas.

Ayer le atisé dentro del tocador con su hermosa cajita de terciopelo, y hoy te hice salir de tu cuarto y logré yo en tanto apoderarme de él.

Pobre relojito! ya te recobré; exclamaba entusiasmado el niño besando una y mil veces el reloj que corría en sus manos un gran riesgo.

Carlota prodigó á Arturo una nube de caricias, un sin número de ofertas, y logró al fin recobrar el reloj que guardó suspirando en la cajita de terciopelo carmesí.

Para comprender bien las expresiones de Arturo, retrocederemos en nuestra historia cerca de dos años.

Cuando Carlota vió partir á Lenois triste y quebrantado, sin esperanzas de recobrar su salud, se apoderó de ella como hemos dicho, una melancolía profunda y supersticiosa; como un niño, hizo venir al conde para devolverle su reloj.

—Tomad, le dijo con acento que desgarró el corazón del pobre amante, os devuelvo esa joya, que atrajo sobre mi casa la desgracia. Ay! vos habeis sido un ángel de tinieblas que Dios puso en el camino de mi felicidad para que le cubriese de luto.... Dios os perdone!

—Carlota! Carlota! por piedad no acibareis mi vida con vuestras injustas palabras: ¿qué culpa es la mia? ¿cuándo he venido á turbar vuestra paz? Ah! pues que vos me acusais de haberla turbado,

es que me amais á pesar vuestro.... Gracias, gracias, Dios mio! y se arrojó como un niño á la voz de su madre.

—Oh débil mujer! se decía á sí misma Carlota cubriéndose los ojos con las manos; yo misma me vendo!

—Rehusais esta joya que os envié con tanto placer el día de vuestra terrible boda? Pues bien, yo la recibo.... Arturo! Arturo!

Arturo que jugaba siempre cerca de su madre, llegó corriendo.

—Toma, le dijo el conde besándole en la frente y pasando al rededor de su cuello de cisne la cadena esmaltada: este reloj es tuyo, yo soy tu amigo y te lo doy para que no me olvides.

—Conde, dijo Carlota con voz entrecortada; ¿os sentís con valor para hacer por mí un sacrificio costoso?

—Oh! sí, sí, hablad....

—Carlota miró á todas partes.... estaban solos.... Arturo habia ido á mirar su reloj.

—Me amais? murmuró con una voz que se estinguió en sus labios como un suspiro.

El conde se inclinó bajo la impresion inesperada de aquella pregunta.

Juradme partir hoy mismo lejos de Rusia.... juradme no volverme á ver hasta que Ricardo recobre su salud.

El conde permaneció algunos instantes y pronunció despues en voz firme:

—Os lo juro! y partió.

Pero volvamos al jardin.

Carlota habia permanecido algunos instantes abismada en sus reflexiones, cuando vino á sacarla de su letargo la cariñosa voz del Sr. Druil.

—Una carta de Italia, señora.

Carlota se puso en pié para recibir la carta, la abrió, la devoró con ansiedad y prorumpió en desaforados gritos:

—A Italia! á Italia!

—A Italia!.... repitió el Sr. Druil mirándola fijamente.

—Sí!.... á Italia! yo.... vos.... mi hijo; todos.

—Pero.... señora.

—Mañana.... hoy mismo.

A la mañana siguiente Carlota emprendió el camino de Italia con su hijo y el Sr. Druil; llevándose todos los objetos de valor, como si un triste presentimiento le hiciese prever que no volverian á pisar jamás aquella campiña, donde habian corrido hasta entonces sus dias, ora tranquilos, ora tempestuosos, pero encerrados siempre en el estrecho círculo de las cercanías de Kiof.

Sus deseos de trasponer el horizonte y recorrer el mundo iban al fin á cumplirse; pero á qué precio? ¿Creéis que no nos sucede á nosotros correr toda la vida tras un deseo, consagrar á su realización las horas, los dias y los años, comprarla á precio de mil pesares y privaciones, y hallar despues en ella el tormento y la desesperacion mas amarga? Ah! sí; á despecho de los detractores de la novela, yo diré siempre en voz muy alta: *La novela es la verdad, la vida es la novela.*

JUÑO.

Carlota, como todos los que nacen para sufrir, iba á ver cumplida la mas bella de sus esperanzas, pero llevaba partido el corazon.

II.

LA HORA SUPREMA.

"Fareswell I do not bid the weep,
The hoarded love of many years,
The visions hearts like thine must keep,
May not be told by tears."

"Renshaw."

En las pintorescas cercanías de Roma y enclavado sobre la ribera del Tiber, levantábase un miserable caserío, pobre, desmantelado y oscuro, pero tan rodeado de vergeles y adornado de bellezas naturales, que podia causar envidia al mismo palacio del gefe supremo de la iglesia.

La enredadera azul y la fresca yedra bordaban todas las junturas de sus vetustas piedras, cubriendo con su gallardo é inimitable follaje los escasos ventanillos que le prestaban una escasa luz; la espina rosa bordaba el caminito que guiaba á la puerta, y los oscuros pinos sombreaban los rústicos asientos que le rodeaban.

En el fondo de esa oscura cabaña y en medio del establo se levantaba una cama de tigera en la que al parecer dormitaba un enfermo, jóven todavía, pero que mas pertenecia ya á la region eterna que al gremio de los vivientes.

Su colchon de damasco, las sábanas de rica holandesa preciosamente bordadas, y la espléndida colcha de seda, indicaban la clase opulenta á que pertenecia.

Era Ricardo de Lenois, que agotados ya todos los recursos de la medicina, habia ido á buscar en aquel pobre establo el aire que necesitaba para vivir algunos dias mas.

A su lado estaba un hombre de mediana edad y risueña fisonomía, apreciable aleman, elegido por el conde de Kiof y espléndidamente gratificado por él, para que prodigase al enfermo toda clase de cuidados.

Es verdad que así el enfermo como su esposa ignoraban de todo punto el paradero del conde; pero este devorado por su amor y su melancolía, seguia muy de cerca al pobre Ricardo, llegando hasta á ofrecer al buen Steward una renta vitalicia si Lenois recobraba su salud.

¡Alma generosa y digna en un todo de la de Carlota!

Aquí me parece ver asomar á los labios de esos hombres sin fé que no conciben las buenas obras sin un interés particular, una sonrisa sarcástica; pero nada importa; yo escribo para los corazones sensibles y delicados y no me ocupo de los que no me comprenden. Ni el sarcasmo, ni la mas encarnizada crítica me harán cejar de mi propósito; yo escribiré para vosotras, hermosas é inocentes criaturas, novelas morales, hiriendo sin piedad al vicio y enalteciendo la virtud.

Ricardo abrió los ojos y los fijó en Steward diciéndole con melancolía:

—Otro día mas! cuánto tarda!

—Llegarán ya muy pronto, señor, respondió aquel, animando al enfermo con una sonrisa.

—Ay! mucho temo que llegue demasiado tarde.

Steward quiso responder, pero no pudo y enjugó sus lágrimas con el dorso de la mano.

Ricardo volvió á caer en aquella especie de sueño que le acosaba desde el amanecer; su respiración era tan suave como la de un niño.

Steward velaba inquieto como un hombre que está en acecho.

De pronto el enfermo abrió los ojos como alarmado, y los fijó en la puerta del establo, preguntando con ansiedad:

—Ha venido?

—Calmaos, respondió Steward con tristeza: ¿quién ha dicho que venga hoy?

—No sé.... pero.... siento que la vida se acaba, y quisiera prolongarla hasta que llegase... habia creído oír un rumor.... maldito sueño!

Y se volvió á dormir.

El anciano escuchó entonces con atención y percibió en efecto un rumor como de personas que hablasen en voz baja temiendo ser oídas.

Levantóse entonces y echó á andar de puntillas, pero cuando estaba ya cerca de la puerta del establo Ricardo abrió otra vez los ojos.

Steward se volvió sonriendo y se colocó de nuevo al pie del lecho del moribundo.

Abrióse entonces precipitadamente la puerta del establo y Carlota seguida de Arturo se arrojó llorando sobre el lecho del enfermo.

Aquel momento es indescriptible ó al menos no nos consideramos con fuerzas suficientes para ello.

Tal vez sea porque hemos tenido la desgracia de presenciar escenas de esa naturaleza....

Ricardo respondió á las exclamaciones de Carlota con un grito sofocado, y cayó de nuevo sobre las almohadas estenuado de fatiga.

Arturo cubría de besos la mano pálida y flaca que se habia estendido para acariciarle.

El enfermo hizo una señal y Steward salió.

—Escucha, dijo entonces Ricardo con una voz, que aunque débil, tenia toda la solemnidad que presta la muerte. Dejo el mundo con pena, Carlota mia, porque eres joven y hermosa.... En mi egoismo quisiera arrebatarte conmigo.... ¿Te acuerdas de aquel pensamiento triste que me asaltó al bajar á la capilla el día de nuestra boda?

—Oh! sí! me acuerdo.

—Tú me dijiste entonces: "Os entristeceis? pues bien: os doy mi palabra de honor de no bailar con nadie mas que con vos...."

—Es verdad!

—Estabas tan hermosa en aquel día! Oh! maldita sea la muerte que te deja libre para ir segunda vez al pie del altar! Oh! Carlota, cuánto amarga este pensamiento mis últimos momentos!

Carlota guardó silencio por algunos instantes, recorriendo en ellos toda su vida como un penitente á los pies de su confesor.

Fuese verdad ó ilusión, creyó que por una de esas inspiraciones sobrenaturales, hijas solo de la hora suprema en que el alma empieza su vida de inmortalidad, Ricardo llevaba en su agonía la duda de verla unida al conde, y aunque como decimos, era solo una ilusión, aquella mujer generosa no dudó un instante en romper para siempre hasta con la mas remota de sus esperanzas.

Dios mismo iba á dejarla libre para que pudiese responder á aquel silencioso deseo de su alma; y nacida para sufrir, iba ella misma á cortar con resignación tranquila el hilo de su vida, porque estaba segura de que sus fuerzas no alcanzaban á tanto.

—Ricardo! esposo mio! dijo estrechando entre sus manos las del moribundo. Yo espero en que Dios te devolverá la salud....

Ricardo hizo un movimiento negativo.

—Yo lo espero, sí; pero si Dios quisiese dejarme sola en el mundo con Arturo, te juro que no daré jamás á ningún mortal el derecho de llamarme su esposa!

Ricardo estrechó su mano con un delirio que expresaba mucho mas que las palabras.

—Aun mas; yo te parezco todavía joven y hermosa, no es verdad? prosiguió Carlota vacilando como quien va á caer.

—Sí! sí! muy hermosa!

—Pues bien; para que no tengas celos del mundo que me admire, yo te juro acabar mis días en un claustro.

—Oh! no.... no....

Y Ricardo señaló á Arturo, cuya cabeza acariciaba cariñosamente.

—Es verdad! replicó Carlota llorando; pobre niño, al que acabo de dejar sin madre!.... pero no importa, añadió con valor, besando á Ricardo en la frente; mi resolución es inalterable, y apenas haya asegurado la felicidad de mi hijo, iré á sepultarme lejos del mundo, donde pasaré los días que me resten de vida rogando á Dios por tí. Oh! bendíceme, Ricardo, porque nada mas puedo ya ofrecerte.

Ricardo extendió su mano para bendecirla, pero le faltaron las fuerzas y cayó sin movimiento sobre los bordados almohadones. Habia llegado la hora suprema!....

A pesar de su resignación, Carlota exhaló uno de esos gritos desgarradores que son como una protesta contra la voluntad divina, y cayó desmayada en los brazos del Sr. Druil, que habia llegado á las voces de Arturo y de Mr. Steward.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

Sección de economía doméstica y arte de cocina.

Lección para limpiar los libros y estampas grabadas.

Antes de limpiar un libro bueno para volverle su primer lustre y blancura, será útil hacer la prueba en uno que sea inferior y esté grasiento, sucio y ennegrecido.

Prepárese una legía con ceniza de sarmientos que no sea demasiado fuerte. Para ello póngase algo menos de una fanega de ceniza en cuatro cántaros de agua de río, hágase hervir todo muchas horas para que se cargue el agua de las sales de las cenizas, déjese en reposo por espacio de siete ó ocho días, y sáquese el líquido por decantación. Con esta legía puede limpiarse toda clase de libros ó estampas, con tal que no estén escritos ó pintados con tintas engomadas.

Primero se quitan las cubiertas del libro, y se coloca este entre dos cartones que se sujetan con un bramante bastante ligeramente para que penetre la legía dentro de los pliegos. En este estado se pone á hervir el libro por un cuarto de hora en la legía preparada, se saca en seguida, y quitándole el cartón se pone en prensa y se comprime fuertemente para que suelte toda el agua de legía, que saldrá cargada de grasa. Déjese en la prensa por espacio de un cuarto de hora, y poniéndolo en seguida á hervir de nuevo en el agua de legía (cuidando de que no esté mas tiempo que la primera vez, pues podría alterar la impresión), se vuelve á poner en prensa para esprimir la legía sucia.

Cuando se ha sacado el libro aun caliente de esta segunda presión, se mete en un caldero lleno de agua de río hirviendo, con lo que se acaba de limpiar perfectamente y de quitar toda la grasa y el mugre, sin que por ello sufra nada el papel ni la impresión. Si acaso quedáran algunas partes poco limpias, sería preciso comenzar de nuevo este mismo procedimiento.

Es de notar que con estas operaciones repetidas sueltan precisamente las legías una grande cantidad de la cola del papel y por consiguiente, teniendo poco cuerpo, es fácil que se rasgue. Para remediar pues este inconveniente, métase el libro por dos veces en el agua de alumbre, pues podrá aun sufrir el escrito sin soltar la tinta; en seguida se espondrá á secar sobre dos bramantes, desparmando un poco los pliegos en un paraje no muy expuesto al aire ni al sol, pues debe secarse lentamente.

Pueden blanquearse las estampas siguiendo el mismo procedimiento, y para secarlas deben observarse las mismas precauciones, y colgarlas en unos bramantes sujetos por unas horquillas de madera, como lo practican los mercaderes de papel.

Modo de dar á la madera la apariencia de caoba.

Para dar á las maderas comunes un color hermoso de caoba, se escojen aquellas cuya textura y veta se le parecen mas, y que tienen una densidad y exactitud susceptibles de tomar un bello lustre.

Pásase primero por la superficie de estas maderas una agua fuerte ó ácido nítrico debilitado con una cantidad considerable de agua, por cuyo medio se las hace tomar ya un color rojizo. Despues se compone un barniz, haciendo disolver en una botella de espíritu de vino, una onza de sangre de drago y otra de carbonato de sosa; filtrado ya este líquido, se dán con él á la madera muchas manos,

hasta que adquiera el color de la caoba, y despues se lustra con un poco de aceite.

Modo de limpiar las armas, el hierro y el acero.

Cuando el hierro y acero están mohosos comience la operacion por frotarlos con esmeril en polvo fino, mezclado con un poco de aceite, y en seguida con la piedra pomez muy fina, dándole el lustre con tripol. Si el hierro ó acero no tienen orin, se emplean solamense estas dos últimas sustancias, sirviéndose para limpiarlos de una tablita de sauce, de chopo ó de cualquiera otra madera blanda que no sea resinosa; ó tambien de un peine ó pieza puntiaguda de madera, para alcanzar los parajes vaciados de las molduras ó adornos. Cuando se emplea la piedra y tambien el tripol, deben humedecerse con un poco de aceite, y con una piel fuerte arrollada frotarlas por la superficie de las armas. El último bruñido que se dá con el tripol, debe hacerse en seco; y esto es suficiente para que lo conserven hermoso.

Dase tambien un bello lustre al acero con hematites molido y reducido á polvo finísimo, junto con una cantidad igual de vermellon.

Menestra para vigilia.

Se pica muy menudo un manojo de acelgas, otro de lechugas, ajos, perejil, hinojo y una anguila (quitando á cada rueda la espina), y se pone todo á cocer en un puchero con agua, sal y un manojito de yerbas aromáticas; échese el aceite correspondiente y hágase cocer con fuerza durante un cuarto de hora, pasado el cual se espesa bien con un batido de yemas, y se coloca en un plato en forma de media naranja, haciendo que encima se vean las ruedas de anguila si se han quedado enteras, y si no meneándolo mucho para que todo se mezele bien; rodéese el plato con cangrejos, y sírvase caliente y muy espeso.

Menestra verde.

No es mas que cocer con caldo ó sustancia toda clase de raíces y yerbas finas muy picado, sazónándolo con sal y todas especias, y espesando la salsa, antes de servirlo, con un ajo.

Menestra á lo Condé.

Póngase en un puchero con agua fria judías encarnadas, cebollas y tocino ó aceite, y cuando estén á medio cocer se sazonarán con sal y clavo de especia, se acabarán de cocer y pasarán por colador, se aclararán con la misma agua en que han cocido, y se echarán en la sopera, donde debe haber coscorrones fritos.

Menestras diferentes.

Todas se hacen como las del guisante del modo siguiente; se ponen en un puchero con agua y sal raíces, un ramillete guarnecido y una hojita de yerba buena, aceite frito si es dia de vigilia, y tocino cortado en dados si es comida de carne. Cuando esté muy cocida se estruja en el almirez y se

pasa por el colador, aclárese el mismo caldo en que ha cocido y sírvase sobre coscorrones fritos si es para intermedio, y con tiritas muy delgadas de pan si es para sopa.

Menestra de acederas.

Córtense acederas picadas menudamente y pónganse en una cazuela con manteca y con ruedas de patatas; cuando esté rehogado se echa el caldo, sal y pimienta, y se deja cocer bien; luego se echa la sopa, y en cuanto hierve se sirve.

Menestra de nabos.

Cuézanse con agua y sal los nabos, y cuando estén cocidos se pasarán por el colador; luego se humedecerá con leche el puré que ha resultado, y se sazonará con pimienta blanca.

Menestra de pepinos.

Se mondan y parten á ruedas, y se ponen en una fuente con sal; al cabo de un rato se les quita el agülla que han soltado y se reahogan en fuego vivo, con un poco de manteca, acederas y perifollo muy menudo, se humedece con caldo, se traba con yemas de huevo, y se sirve guarnecido de coscorrones.

Menestra de tomates.

Fríase en la sarten con manteca cebolla muy picada y perejil; luego se añaden los tomates, se rehoga y se humedece con caldo del puchero, ó aun mejor con agua, sal y pimienta: se deja cocer y se sirve colado con coscorrones ú otro cualquier guarnecido.

TEATRO PRINCIPAL.

Dos importantes novedades han tenido lugar en este teatro desde nuestra última revista acá. Ha sido la una el estreno de la zarzuela *De la muerte á la vida*, original de los Sres. Franquelo y Rovira, y la otra la exhibicion que de sus horripilantes ejercicios viene haciendo la compañía de acróbatas americanos dirigida por el Sr. Franklin, nombre que si hasta ahora ha sido ilustre en las ciencias, habrá de ser famoso de hoy mas en el arte gimnástico. De uno y otro espectáculo vamos á ocuparnos en el presente artículo, principiando, como es razon, por lo que es verdaderamente genuino en un templo de las musas, puesto que hasta de presente ignoramos á cual de las hijas de Apolo corresponde la presidencia de los saltos mortales, de la percha y de la cuerda volante.

El argumento de la zarzuela *De la muerte á la vida* es el siguiente:

Algunos años antes de aquel en que supone la accion, vivia en Dénia un caballero ilustre,

honrado y rico llamado D. Diego de Aguiar en compañía de una hija suya. La guerra de sucesion que trajo al trono de España á Felipe V ardía en toda su fuerza, y aquella ciudad habia sido de las primeras que se alzaron por su competidor el archiduque, ocupándola para su defensa algunas tropas de las que seguian su partido. Un jóven oficial se hizo amar de la hija de D. Diego, quien burlada y abandonada á poco por su pérfido y desleal amante, murió de pesar, habiendo sido infructuosas todas las pesquisas que con ánimo de vengarse hizo por largo tiempo el padre de la víctima, no quedándole por ellas duda de que el tal, para evitarlas, habia mudado de condicion y de nombre.

Corrieron los años, y un hijo de D. Diego, mozo apuesto y galan, fué á Calatayud, donde se enamoró de la jóven Isabel, hija de un D. Pedro de Peñalva, que habitaba una granja suya cercana á aquella poblacion, y hombre hosco, intratable, de condicion aviesa é irascible, terror de su familia y motivo de odio para sus convecinos. Cierta es que pudiera haber exasperado su ya misántropo carácter la reciente pérdida de un hijo muerto en Barcelona, al parecer en un duelo, si bien la justicia no habia podido indagar quien fuese el agresor. Mas circunstancias que la ley solo podria apreciar de meras sospechas, eran pruebas evidentes á los ojos perspicaces de una hermana del muerto, residente á la sazón allí al cuidado de una parienta suya. Ella le habia visto salir aquella misma tarde acompañado de otro jóven, y el aspecto iracundo de ambos le hizo no dudar que era aquel mismo quien le mató; sus facciones, vivamente impresas en su memoria, se lo harian reconocer si el acaso lo pusiese en su camino.

Hemos dicho que el hijo de D. Diego, llamado D. Fernando, amaba á Isabel: réstanos decir que era correspondido, y que D. Pedro se oponia, con su tenacidad acostumbrada, á este enlace. Por si acaso producía mejor resultado la formal peticion hecha por persona tan autorizada y respetable como lo era el D. Diego, obligóle su hijo á ponerse en camino con dicho objeto, acertando á llegar á la granja momentos despues de haberlo verificado Doña Ines, hija mayor de D. Pedro, la cual venia desde Barcelona á hacer una visita á su padre y hermana. La familia así reunida recibe á los recién llegados; pero al verse unos á otros resuenan dos gritos de horror. D. Diego ha reconocido en D. Pedro al causante de la muerte de su hija: Doña Ines ha hallado en Fernando al matador de su hermano.

Esta escena está admirablemente preparada y magníficamente concluida.

Ya se comprende el terrible efecto que semejantes revelaciones han debido producir en todos. D. Pedro insiste en su propósito de que aquella noche misma parta Isabel para un convento; Fernando, anteponiendo su amor á su venganza, ruega al padre de su amada que desista del empeño de hacerla infeliz, le ofrece renunciar á su amor, y le prueba con documentos irrecusables que solo á la temeridad de su hijo debió este su muerte, y no á deseo suyo de matarle. "Nada basta: al cabo empuñan ambos las espadas, sin que sean suficientes los ruegos de Inés y de D. Diego que acuden á contenerlos; pero se presenta Isabel vestida de blanco y cubierta con un velo: vá á partir y se despide de todos con las lágrimas en los ojos y el dolor en el alma: en este punto una voz la detiene; es la del digno y anciano sacerdote, la del respetable vicario, que despues de haber agotado en vano todos los medios de persuasión para hacer que ceda el inflexible D. Pedro, viene á declarar que este no es padre de Isabel, que al morir su madre se la confió, que existe en poder suyo un documento firmado por la moribunda en que así lo manifiesta, y en fin, que el caudal que aquel disfruta es usurpado, y que por esta razón quiere encerrar en un claustro á la verdad y legítima poseedora de aquellos bienes. No hay pues obstáculo para el enlace de ambos amantes; suena aun en los labios de Fernando la voz de venganza; pero el vicario hace oír la autorizada suya imponiendo el perdón, y la noble huérfana ofrece compartir sus riquezas con aquellos á quienes ha llamado padre y hermana.

El argumento, como se vé, es interesantísimo, y está diestramente manejado. Es una obra de un mérito singular, realzada además por la tersura de la versificación, por la belleza de las situaciones y por la energía del diálogo. La escena del segundo acto entre Inés y D. Diego está superiormente escrita, y ha alcanzado en todas sus representaciones aplausos tan unánimes como justos. Nuestro amigo el Sr. Franquelo debe estar cumplidamente satisfecho de lo que ha escrito.

Sin música, esta producción habría sido un bellissimo drama. Con música, no es posible que deje de ser una zarzuela; es decir, que ha de doblegarse á las exigencias del canto, fatales siempre al poeta. Bajo la presión de las cadenas líricas el escritor no puede moverse anchamente. Así, por ejemplo, el grande efecto de la escena última del primer acto se destru-

ye en no leve parte por un final obligado, que detiene la acción dramática en el momento en que con mas violencia corre hácia el término oportuno adonde el autor la lleva. Este es el mismo mal que hemos señalado otras veces, y que esperamos señalar otras muchas mas, porque su origen está en la esencia misma del género.

La música no satisfizo al público; pues á mas de su falta de originalidad, las piezas todas parecen incompletas. Siempre falta algo, siempre se espera á que acaben, y solo se conoce que han terminado porque se ven colgar los violines de la orquesta. Esto explica el por qué habiéndose aplaudido largamente las escenas de verso, no correspondió á estas muestras parciales el aplauso final; como de seguro habria sucedido si la comandita del Sr. Franquelo no le obligase á partir con otro lo que el público no queria conceder á ese otro.

La ejecución fué esmerada.

Damos, pues, nuestro parabien al distinguido poeta, así por el mérito incontestable de su obra, como por el lisonjero éxito que aquí ha alcanzado.

Capítulo de acróbatas.

Hace algunos dias que los Sres. Franklin, Nice, Fisher, Magilton y Rochette están admirando, conmoviendo y hasta asustando al público con sus sorprendentes ejercicios, á los cuales pudiéramos calificar de nunca vistos, puesto que si algunos lo han sido ya otras veces, hay particularidades de ejecución en ellos tales que los colocan á una altura notablemente mas considerable que lo mejor antes aquí presentado.

No se habia, en efecto, visto á nadie el dar cuarenta saltos mortales sobre el trapolin sin interrupción alguna, á términos de que la vista nos haga dudar si realmente el Sr. Franklin pone los pies sobre el tablado.

El señor Rochette, no contento con jugar cual si fuese una pelota de viento con una bola de cincuenta y tres libras, y hacerla caer desde lo alto sobre su espalda, donde se queda como clavada, ha aguantado sobre su pecho y vientre un enorme sillar, que necesitaba de seis hombres para ser movido, encima del cual han golpeado por buen rato dos de sus compañeros con grandes martillos de herrería; y eso con el cuerpo doblado y apoyado solo en las manos y los pies.

¿Y qué diremos de la percha de globo, de la percha escalera, del ejercicio llamado *Los hermanos transparentes*, de la cuerda volante, del doble trapecio, del admirable juego de los platos, y de todo, en fin, cuanto ejecutan estos célebres acróbatas? Diremos que por mas ar-

tículos que se escriban, por mas reseñas que de sus trabajos se hagan, no es posible dar una cabal idea de lo que ejecutan. Es preciso ver por sus propios ojos hasta donde alcanzan los maravillosos efectos de una educacion gimnástica bien desarrollada; se entiende dada una predisposicion especial para recibirla, segun aquí sucede.

No hay que decir que el público aplaude á mas no poder cuando se le pasa el susto; porque esto de ver á un hombre en la punta de un palo andar á cachetes con las bambalinas ó columpiarse sobre la lucerna, es cosa que corta el resuello, particularmente al que le coje debajo.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

Así como un general en gefe, la moda tiene tambien sus boletines que nos dan cuenta de lo que pasa en su imperio, y trasmiten á todas sus órdenes supremas.

Veamos lo que encierra el de hoy.

Para grandes equipos, telas de seda de una estremada variedad.

Las mas son de grandes cuadros, las otras de anchas rayas. Hay tafetanes chinés, recamados, con semilleros de florecillas, con losanges; fondos lisos, sembrados de espigas bordadas; anchas rayas; mezcladas con ramos Pompadour; tafetanes dispuestos para trages de doble falda, volantes y montantes.

Los trages de fulard, que son de tan escelente uso, se vuelven á usar para medio vestido de ciudad y vestido de campo.

En trages lijeros, hay una multitud de telas graciosísimas y muy baratas.

Entre los que se prefieren, importa citar los nuevos bareges, ya con dibujos, ya con rayas, ya á cuadrós.

Los organdis y los jaconas estampados no deben tampoco olvidarse.

Hay en organdí bordado trages blancos muy elegantes. Las manteletas se hacen de lo mismo.

Hablemos tambien de los nuevos trages-túnicas de piqué. Aquí nos hallamos con las innovaciones de la casa Alexandre Ghyss, de la cual debo citar hoy muchas novedades.

Los trages que acabo de designaros son de dos faldas, y muchas veces de colores distintos: por ejemplo, amarillo sobre blanco, fondo sembrado sobre fondo liso, etc.

Nada hay mas original; pero tampoco mas elegante. Para permitirse esto es indispensable pertenecer verdaderamente al gran mundo.

Sin embargo, no es todo la forma; es menester ver con qué arte Mme. Alexandre varia las guarniciones. Las compone caprichosamente de lijeras

pasamanerías que les dan un sello de distincion única.

Ved aquí algunos otros modelos tomados tambien de la misma casa.

Un traje de organdí, fondo sembrado, de dos faldas; la segunda, que es abierta, está rodeada de un plegado igual de doble cabeza.

Un traje de tafetan gris moda, con tres quillas colocadas en la parte anterior de la falda.

Estas quillas están formadas de bandas fruncidas de tafetan color de flor de melocoton. En medio de cada una de ellas, y de trecho en trecho, Mme. Alexandre ha colocado unas especies de lazos rodeados de colmenillas de encaje negro y de tafetan gris moda. Estos dos colores casan maravillosamente, y este género de adorno produce un efecto delicioso.

El corpiño redondo, montante.

Las mangas anchas.

En las faltriqueras, lazo duquesa con cabos largos, de tafetan de flor melocoton y gris moda.

Para guarnicion de trages, Mme. Alexandre adopta tambien los pequeños volantes, ó bien uno grande seguido de otros tan solo de diez centímetros.

En los trages de organdí, los pequeños volantes Pompadour entubados son adorables. Deben subir hasta la rodilla. Se puede agregar una doble falda; pero esta entonces solo con un dobladillo.

Un traje de seda granadina azul y blanca con tres volantes muy altos, y sobre cada uno de estos volantes se habian colocado tres pequeños.

Citaré aun un traje de organdí que tenia tres quillas á cada lado, compuestas de pequeños volantes formando escala.

Los corpiños de la mayor parte de los trages lijeros son montantes, fruncidos sobre los hombros, y abiertos por delante, con una guarnicion en forma de pechera de camisola.

Para trages escotados, Mme. Alexandre hace fichus *Maria Antonieta*, ó Luis XIII, análogos al vestido.

Vimos para un traje de barege una berta redonda por detras y anudada por delante.

Los corpiños de trages de seda son redondos, montantes, ó de cinco puntas.

En los de suaré se hacen escotados.

En cuanto á mangas, los modelos varian al infinito.

Las manteletas y los chales de encaje están mas de moda que nunca.

Hablemos algo de los sombreros de Alejandrina.

Entre los sencillos de paja citaré uno adornado de amapolas, espigas y cinta negra.

Otro paja de arroz, sin aderezo, cuyo bavolet es negro y las cintas de los cabos rosa. A la derecha hay dos ramos de rosas separadas por una borla de encaje negro artísticamente plegada.

Sobre los sombreros de paja de arroz Mme. Alexandre coloca algunas veces una bella pluma blanca, enrollada y puesta á su manera, esto es, admirablemente.

A propósito de sombreros, voy á señalar á nues-

tras bellas viajeras unos cuantos prendidos frescos y suaves para los bailes de estío, y que podrán llevar consigo á los baños.

Lindas coronas de rosas, pensamientos y resedá; otras de acianos y de espigas; de amapolas, margaritas y yerbas; de jazmin blanco y rosas; de geranio púrpura y bolas de nieve; de flores de los campos mezcladas; de violetas de Parma, y en fin, guarniciones de trages adecuadas á todo esto.

Decididamente está convenido que se vuelvan á llevar, como en otro tiempo, cinturones de cinta con hebilla de acero ó dorada. Los he visto muy lindos en la casa Richenet-Bayard.

El bello ahuecador *Brasileño* goza de un crédito que aumenta en proporción de que vá siendo mas conocido. No hay muger alguna que no esté contentísima de verse libre, gracias á él, de las ballenas y de los aros de acero. Debemos ciertamente reconocimiento á la casa Largeau Coutant por haber imaginado el magnífico tegido de que aquel se compone.

Este ahuecador es el favorito de las elegantes de la alta aristocracia, que tenían vergüenza de verse obligadas á meterse en una jaula.

MME. JULIETTE LORMEAU.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de gró malva con dos enaguas adornándose la de encima con dos anchas *quilles* formadas de pliegues de cinta del mismo color ó de tela igual á la del vestido; pero en este caso no resaltará tanto el adorno: monillo escotado con pliegues aplastados; berta redonda por detrás y cruzada por delante; mangas anchas plegadas por arriba; estas y la berta con el mismo adorno que el vestido: camisolin y mangas bordadas: sombrero redondo de paja con flores silvestres: sombrilla marquesa, de tafetan blanco: guante maiz: pulsera y cinta al cuello de terciopelo: botita malva.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de groselle á cuadros con tres grandes volantes guarnecidos de listas de la misma tela, lisa, cortada al sesgo; monillo redondo alto con dos guarniciones: sobretodo ajustado de gró negro con adorno de bellotas de pasamanería: mangas de musolina formadas de embutidos; cuello guipure: sombrero de crespon rosa adornado de flores: sombrilla marquesa, de tafetan verde: guante paja: botitas con tacon.

TERCER FIGURIN PARA NIÑA DE OCHO AÑOS.

Vestido de gró lila con dos faldas, adornada la de encima con rizado de cinta del mismo color: monillo alto formando toquilla por delante y detrás: manga abierta con un buche al hombro: cue-

llo y mangas de mansouke: calzoncitos bordados: adorno de cabeza, red de seda y abalorios.

ESPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES Y BORDADOS.

N.º 1 y 2 Monillo para vestido de Señora: (n.º 1)

Se forma sobre una pretina de tres centímetros de ancho cubierta con un cinturon de cinta de gró sujeto por una hebilla de acero ó dorada: el delantero se cierra con presillas de pasamanería ó con una hilera de botones de lo mismo: adorno, pliegue de cinta ó pasamanería: mangas con bota (n.º 2) plegada por ambos extremos hasta quedar al ancho del jokey y de la bota, y en medio de la costura, cojidos en los sitios indicados para darle la forma conveniente.

3 y 4 Capillo: al pasado y ojetes.

5 Guarnicion: id. id.

6 Esquina para pañuelo, E. L. B.: al pasado.

7 Embutido: al pasado y ojetes.

8 Guarnicion: id.

9 Id. id. y ojetes.

10 Id. feston.

11 Embutido: al pasado.

12 Guarnicion: imitacion de guipure.

13 Esquina para pañuelo, D. B.: al pasado ó feston.

14 Ramo de flores para diferentes objetos: al pasado. Si se dedica á cojinetillo, cartera, petaca etc., se bordará con seda á medio torcer de un color parecido al fondo, ó bien de seda amarilla y pensamiento para estos; y rojo claro para las rosas: las hojas se harán de cuatro puntos de color verde.

15 á 18 Embutido y ojales para pechera de camisa de hombre: al pasado y calados.

19 Ramo de flores: al pasado, calados, y ojetes ó lunares.

20 E. E.: al pasado.

21 M. L.: id. rico.

22 Irene: id.

23 R. B.: id.

24 Regina: id.

25 Adela: id. y lunares.

26 Maria: id.

27 S. X. ligadas: id.

28 C. B.: id.

29 Clotilde: id.

30 C. C. id. y lunares.

31 Adela: id.

32 A. L. id.

33 F. C.: id.

34 S. X. ligadas: id.

35 A. N. id.

- N.1 y 2 Cuello y vuelos para el puño: al pasado y sobrepuestos ó calados.
- 3 y 4 Guarniciones: feston y ojetes sombreados.
- 5 y 6 Esquina para pañuelo: al pasado.
- 7 Id. id. L. S. ligadas: id. rico.
- 8 Id. id. L. S.: id.
- 9 Id. id. C. M. ligadas: id. rico.
- 10 Bordado para camisa de señora: al pasado (mitad.)
- 11 Id. para la manga de la misma: id.
- 12 Pañuelo rico: punto de pluma, punto de armas y punto de escala.
- 13 Guarnicion: al pasado y ojetes.
- 14 Id. para bordar sobre dobladillo ancho: al pasado.
- 15 Volante para manga sobre muselina ó tul.
- 16 Embutido para dicho volante.
- 17 Guarnicion: bordado ligero.
- 18 Id.: al pasado.
- 19 Banda: id. y sobrepuesto.
- 20 Guarnicion: feston, ojetes ó lunares, y bordado ligero.
- 21 Escudo, Emilia Ana Carara: al pasado y lunaritos.
- 22 Embutido: ojetes y lunares.
- 23 Josefa Cordero: al pasado.
- 24 Luisa Cordero: id.
- 25 Manuel Becards: id.
- 26 M. B.: id.
- 27 Ana Yusti: id.
- 28 Delfina Perez y Carta: id.
- 29 J. G.: id.
- 30 A. G.: id.
- 31 I. S.: id.
- 32 I. Q.: id.
- 33 C. T.: id.
- 34 A. C.: id.
- 35 Georgina Carara: id.
- 36 Maximiliana Carara: id.
- 37 Leovigilda Carara: id.
- 38 A. R.: id.
- 39 C. R.: id.
- 40 A. G.: id.
- 41 Fernando: id.

Los Sres. suscritores que deseen adquirir los numeros publicados en el presente año pueden manifestarlo a los respectivos comisionados y se les enviara a correo vuelto, en razon a haberse reimpresso ya los correspondientes a Enero y Febrero.

Se hallan de venta algunos ejemplares de los tomos pertenecientes a 1857 y 1858 que se daran a los Sres. suscritores a razon de cien reales cada uno.

SUMARIO.—*La mujer, estudios morales*, por Doña María del Pilar Sinués de Marco.= *Las siete virtudes capitales*, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.= *Amor de un poeta*.= *A.... poesia*, por D. Serafin Cánovas del Castillo.= *A Pepa*, por D. Serafin Cánovas del Castillo.= *Los cinco misteriosos talismanes de la vida humana*, por D. Pedro de Prado y Torres.= *Un nido de palomas*, por Doña María del Pilar Sinués de Marco.= *Epístola de un desengañado á una niña pegadiza*, por D. Maximino Carrillo de Albornoz.= *La comedia de Laura*, por D. Mariano Urrabieta.= *Revista de Madrid*, por la señorita Pamela.= *A los reformadores del sombrero*, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.= *Fábula*, por D. M. del P.= *Fábula filosófica*, por D. Ramon R. Correa.= *Cuestion capital*, por D. Jose Selgas y Carrasco.= *Dolorcitas*, por D. Victoriano Martinez Muller.= *Las almas gemelas*, novela original por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.= *Seccion de economia doméstica y arte de cocina*.= *Teatro Principal*, por D. Francisco Flores Arenas.= *Modas de París*, por Mme. Juliette Lormeau.= *Esplicacion del figurin de modas*.= *Id. de la hoja doble de patrones y bordados*.= *Geroglífico*.

LAMINAS.= *Figurin para vestidos de señoras*.= *Hoja doble de patrones y bordados*.= *Idem de tapicería en colores*.= *Idem de música*.

Solucion del geroglífico anterior.

A rio revuelto hacienda de pescadores.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNÁNDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

